

A vintage movie poster for the film 'Pop! for the Terror'. The poster features a man in a dark suit and red tie, identified as Donald Curtis, standing over a woman in a red dress who is lying down. The man is holding the woman's hand. The background is a mix of blue, purple, and red. The title 'POP! PARA EL TERROR' is written in large, bold, yellow letters. The name 'DONALD CURTIS' is written in white letters above the title. In the top left corner, the letters 'FBI' are written in large, stylized, yellow letters with a blue background and white stars. Below the 'FBI' logo is a red stylized 'R' logo.

FBI



**DONALD
CURTIS**

**"POP!"
PARA
EL TERROR**

© Donald Curtis
Derechos reservados por
EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

Depósito Legal: M. 12.864-1970

Printed in Spain.

MATEU-CROMO, S. A. - CTRA. PINTO A FUENLABRADA, S/N - PINTO (MADRID)

DONALD CURTIS

«Pop» para el terror

Primera edición

EDITORIAL ROLLAN, S. A.
PINTO (Madrid)
ESPAÑA

I

Paso frente al cementerio de automóviles. Luego, éste quedó atrás.

Era como un escenario teatral para una obra del incongruente Arrabal, o del larguirucho intelectualoide de Miller. O acaso una pirueta literaria de Saroyan, muy made in USA, sin influencias armenias y sin esperanzas dentro de las carrocerías herrumbrosas.

Un mundo muerto e inmóvil, hecho de chatarra, neumáticos viejos y vidrios polvorientos calentándose al sol, junto a la carretera, bajo el cartelón inevitable puesto por el traficante de turno:

«BARATOS. CASI UN REGALO. DESGUACES,
MOTORES, GOMAS Y ACCESORIOS. COCHES AÚN
UTILIZABLES, POR UN MINIMO DE 50 DOLARES Y
UN MAXIMO DE 75.

¡APROVECHE LA OCASION!»

Helga no pensaba aprovechar la «ocasión» del avisado comerciante del cementerio para desguaces y para liquidar lo poco aún utilizable. Helga no era una chica que se preocupara por los coches. No para tenerlo ella, al menos.

Nunca necesitaba coche. Se paraba al borde de la ruta, hacía un gesto, y rara vez le fallaba. Había muchas autostopistas por allí y por todas las carreteras.

Todas las armas eran manejadas astutamente por la muchacha del auto-stop, rubia cenicienta, de larga melena lacia al uso, de rostro pecoso pero atractivo y sensual, de figura alta, esbelta y endemoniadamente provista de todo eso que hace a una mujer, a

contraluz, parecerse a un ánfora de curvas. Ella lo sabía, y también entraba en su técnica la búsqueda del contraluz preciso.

Era muy hábil en su género. Podía viajar con suma facilidad de extremo a extremo del país, e incluso del mundo si se lo proponía. Ni siquiera su voluminosa mochila, tan gastada como los pantalones de dril ceñidos a sus piernas, asustaba a los espontáneos conductores que la invitaban a subir con su mejor sonrisa y una frase que, más o menos, siempre venía a ser igual, como algo estereotipado que, por cierto, ella esperaba sin lugar a dudas, como consecuencia natural de sus habilidades en la materia:

—¿Va muy lejos, preciosa? Yo solamente voy a la cercana ciudad y...

—Sí, está bien—decía ella siempre, con su mejor sonrisa y con un gesto bien estudiado que tenía la virtud de realzar más aún, si ello era posible, la belicosidad de aquellos pechos erectos, dibujados nítidamente contra la lana roja del pullover corto—. Voy a la ciudad, señor. Muchas gracias...

Inevitablemente, por el camino, le ofrecían ir más lejos. Y le ofrecían otras cosas bastante menos púdicas. Ella siempre negaba, serena y tranquila, con una sonrisa de enorme seguridad en sí misma. Algo que, normalmente, desarmaba al audaz de turno. Helga acostumbraba a soportarlo indiferente, o a retirar sus piernas con cautela. Si la cosa se ponía fea, cortaba fríamente la situación, pidiendo que parasen, para bajar ella inmediatamente.

La crisis se rompía ahí. O bien el tipo paraba, y Helga descendía tranquila, con olímpico desprecio hacia el atrevido, o bien el otro se disculpaba con torpeza, y seguía adelante, sin importunarla más.

Solamente una vez un conductor se puso pesado. Insistió, e incluso aceleró, para asustarla, diciendo que iría adonde él quisiera, le gustase o no. La forma en que aquel individuo recorría su anatomía con los ojos, por el retrovisor, era bien elocuente.

Helga tenía sus recursos en tales casos. Esa vez no fue una excepción. En uno de los momentos, cruzando una zona con límite de velocidad, donde el tipo redujo considerablemente la marcha, desfilando ante dos motoristas de tráfico con toda prudencia, ella metió rápida el pie en el acelerador, el coche brincó y salió disparado, mientras él, con pisotones y puntapiés, luchaba furiosamente por contenerla, por hacerle apartar su pie del

acelerador. No lo logró hasta bastante más adelante, y para entonces ya los dos agentes, haciendo aullar las sirenas de sus motocicletas, volaban en pos de ellos, logrando finalmente hacerles frenar.

El resultado final fue una multa y la tranquila marcha de Helga, con su mochila, dando irónicamente las gracias al conductor, bajo la mirada recelosa de los dos motoristas, que sólo esperaban a que ella formulase alguna denuncia para llevarse detenido al conductor atrevido. Helga, prudentemente, se abstuvo de ello, pero el individuo se alejó luego a la máxima velocidad permitida, sin volver siquiera la vista atrás una sola vez, por si Helga cambiaba de opinión.

Así era ella. La gente llamaba muchas cosas a las muchachas como Helga. Se había oído llamar mil veces autostopista, vagabunda, desharrapada, hippy e incluso ramera disfrazada. Todo le tenía sin cuidado. No le importaba nada, quizá porque era o se sentía más hippy que otra cosa, y su afán era vivir a su modo, sin pensar jamás en el criterio ajeno sobre su persona.

Ahora iba hacia un campamento hippy precisamente. Le habían hablado bien de él, y quería llegar allí para unirse a los que pensaban como ella. Jóvenes libres, independientes y audaces, cuya única finalidad era vivir, amar y sentir sin trabas, sin prejuicios, sin los frenos inexorables de la sociedad, a la que en el fondo rechazaban por considerarla equivocada en sus conceptos.

Pero no sólo eso la guiaba hacia el Sur, siguiendo por el borde de la larga cinta de asfalto, llana e interminable, recta y gris, hendiendo la tierra, entre el azul de las aguas marinas, con gritos estridentes de gaviotas y las lomas suaves y verdeantes de California.

Helga quería encontrar a alguien. Siempre había querido encontrar a alguien, desde cierto momento de su vida. Alguien que, según informes fidedignos, estaba justamente en ese gran campamento hippy al que ella se dirigía ahora, ruta adelante, moviendo sus flexibles y bonitas piernas por la cuneta de la pista de asfalto, cargada al hombro su mochila y perdidos en la lejanía sus grandes y vivos ojos azules, bajo los mechones dorados de su cabello lacio, que barrían sus mejillas cubiertas de doradas pecas.

Un frenazo chirriante, junto a ella, la hizo girar la cabeza,

indiferente, sin detenerse siquiera.

—¿Va a alguna parte, rubia?—preguntó una voz varonil.

Miró al hombre. Joven, muy joven. Atlético, ropas deportivas. Y coche deportivo también. Un «Porsche» amarillo que era una pura delicia. Los azules ojos de Helga fulguraron.

—Voy a San Diego—declaró tranquila.

—Yo también—respondió él—. Suba.

—Gracias. Acabo de dejar un coche, cosa de una milla atrás.

—¿Una milla atrás? ¿Y con este sol?—resopló el joven, sorprendido—. ¡Qué barbaridad! ¿Pretende recorrer cuarenta millas a pie?

—Parece más seguro que nada—sonrió ella, maliciosa—. ¿Sabe por qué bajé de ese coche?

—Si usted no me lo dice, no creo que pueda saberlo...

—Me ofreció veinte dólares por ir a un hotel con él. Sólo un par de horas, claro.

—Es lamentable—suspiró el joven—. Suba. Yo no le voy a decir nada parecido.

—Es natural que dude, ¿no?

—Claro que es natural. Pero le prometo que no soy de esa clase de tipos. Una chica puede hacer auto-stop. Por ello no es una furcia. Sencillamente, le gusta viajar así, es liberal, independiente... Vamos, suba y no se arrepentirá. Este cacharro vuela. En menos de un cuarto de hora estaremos en San Diego.

Helga dudó. Finalmente, tomó su decisión y se acomodó en el deportivo amarillo, junto a su joven chófer. Este arrancó. Era verdad. El «Porsche» volaba. O lo parecía.

El viento agitaba los cabellos dorados de la joven y azotaba su rostro pecoso con fuerza. Se encontró con la mirada de unos ojos oscuros en el retrovisor del «Porsche». Le sonreían, y ella sonrió a su vez.

—¿Tiene familia en San Diego?—preguntó él.

—No—negó ella—. No tengo familia en ninguna parte.

—¿Es sola?

—Exacto. Completamente sola.

—Debería casarse, aunque es muy joven. No hay derecho a que una chica como usted viva sola en el mundo.

—¿Por qué no? A mí me gusta.

—Es muy bonita, muy atractiva. Indudablemente sobrarán personas que quieran hacerla su esposa.

—Tal vez—meditó, echándose luego a reír y sacudiendo la cabeza—. Pero yo no he pensado todavía en casarme. Prefiero ser libre, vivir a mi albedrío...

—¿Hippy?

—En cierto modo—se acarició la medalla de hierro que colgaba de una cadena de cobre, entre sus senos. Allí se leía la famosa frase, slogan del movimiento hippy: «Make love, not war». Dijo, pensativa aún—: Sí, creo que lo soy en sentimientos. Me gusta convivir con todos ellos. Piensan como yo. Es bonito vivir, amar, ser feliz. Sin guerras, ni odios, ni racismos. ¿Lo entiende usted?

—Claro. No soy racista ni belicista—rió el joven—. Ni siquiera odio a nadie, excepto a los agentes de tráfico que me multan en cuanto me descuido. Pero eso es culpa mía, creo yo, y no de ellos, que se limitan a hacer cumplir las ordenanzas.

—En San Diego hay un campamento hippy muy importante—murmuró Helga—. Voy a él.

—Oí hablar de ese sitio—asintió el conductor del coche deportivo, lanzado como un amarillo proyectil sobre el gris de la pista—. Le llaman «Campo Esotérico», o algo así, ¿no es cierto?

—Sí. «Campo Esotérico». Tienen un guía maravilloso, un hombre excepcional, que conduce a los jóvenes por nuevos caminos espirituales y físicos. Es la sicodelia. ¿Sabe usted lo que es eso?

—Literalmente, «manifestación del contenido de la mente»—sonrió el joven—. ¿Cierto?

—Cierto—Helga le miró, sorprendida—. Usted sabe bastantes cosas de todo eso... ¿Lo ha estudiado, o lo leyó en los diarios?

—No lo recuerdo bien. Lo cierto es que lo sé. Pero no me preocupo de ello personalmente, puede creerme. Mi mente es normal. No tengo inquietudes extrañas ni trato de estimular esas manifestaciones mentales con alucinógenos ni drogas similares. Eso es algo que creo hacen sus estimados amigos hippies, ¿no es verdad?

—Buscamos el perfecto estado del ser humano, esté donde esté.

El joven del «Porsche» amarillo miró de reojo a la joven del minipull rojo y los blue-jeans ceñidos.

Suspiró el muchacho, entre dientes:

—Lástima...

—¿Decía usted...?—se interesó ella vivamente.

—No, nada—masculló él—. Pensaba en otras manifestaciones de la mente... que no debo revelarle a usted.

Y aceleró en aquella zona sin limitaciones de velocidad, lanzado como un bólido por la recta senda de asfalto que conducía a San Diego.

* * *

San Diego.

Base militar, industrial y naval. Un punto alegre, bullicioso y animado, que al caer la tarde perdía prácticamente toda vitalidad, exceptuando los locales nocturnos, los *cottages* donde se jugaba y bebía, y algunos otros lugares de diversión, a los que, por su discreta independencia, se lanzaban muchos conocidos hombres de negocios, damas de la buena sociedad e incluso estrellas del cinema, desde Los Ángeles y sus alrededores.

Helga se sintió un poco perdida en la población. No le gustaba en absoluto. Pero en San Diego estaba el «Campo Esotérico», y en ese lugar lo que había ido ella a buscar: hippies amigos... y algo más. O a alguien más.

Preguntó a varias personas, para orientarse. Nadie sabía dónde estaba el campamento hippy, aunque todos habían oído hablar de él, de una u otra forma.

Finalmente, una pareja de jóvenes muchachas se lo indicaron, a la puerta de un cinema. El camino, ya de noche, no era fácil. Pero eso a Helga le tenía sin cuidado. Iría a cualquier parte, y a cualquier hora del día o la noche, para eso no tenía tampoco el menor prejuicio o preocupación.

Debía avanzar por la misma calle amplia donde estaba el cinema, llegar a las afueras de San Diego, buscar un puesto de aprovisionamiento de gasolina y seguir luego por la bifurcación izquierda, hacia National City. En el camino, a cosa de una milla del puesto de gasolina, encontraría, entre un bosquecillo y una loma, el conocido campamento de los hippies. «Campo Esotérico», y el nombre de su guía espiritual y director, Rhet Nirval, hombre que se decía de origen hindú y legítimo seguidor de la «meditación trascendente», eran nombres harto populares, al parecer, en San

Diego. Sobre todo, entre los jóvenes.

Helga, mochila al hombro, se lanzó adelante, por la senda lateral de la ruta, como siempre hacía, en dirección al lugar señalado. Las últimas luces de los arrabales de San Diego quedaron atrás. Caminó sin miedo ni inquietud de ningún género por la carretera general de Tijuana, recta hacia la frontera mejicana, para desviarse al llegar ante la fría luz neón, verde y roja, del puesto de aprovisionamiento de gasolina, provisto de un pequeño bar o parador de ruta.

Helga contempló con cierto hormigueo en su bien torneado estómago el escaparate con las calientes hamburguers y las ensaladillas sirviendo de guarnición a sabrosos steaks o rojizas y brillantes salchichas de estilo Frankfurt, todo ello sobre la plancha caliente de la cocina del parador.

Recordó que tenía hambre y no tenía dinero. Eso era algo frecuente en las personas de su clase. No les importaba mucho el dinero, ni los lujos, ni los manjares. Pero el sentir apetito era algo instintivo y lógico, algo profundamente humano.

No resistió la tentación. Entró en el bar. Se acomodó en la barra, lánguidamente, y cruzóse de piernas. Unos jóvenes miraron codiciosamente desde una mesa sus nalgas bien pronunciadas en la postura. Le dijeron algo, una procacidad. Helga les miró desdeñosa, y se encogió de hombros.

—Deme una cerveza—pidió al barman. Puso una moneda sobre el mostrador—. No llevo más dinero, y tengo hambre. ¿Puedo hacer algún trabajo por un plato de hamburguesas y ensalada?

—Claro que puede hacer alguno—rió él—. Pero mi mujer trabaja en la cocina, y no iba a encontrarlo bien. Vale más que lo olvide.

Helga suspiró. Así era siempre la gente. La lascivia sobre todo. Se estiró el minipull de punto para cubrir su estómago desnudo, pero con ello sólo acentuó la agresividad de sus senos. El barman resopló, humedeciendo sus labios, y seguro que olvidó incluso a su mujer por un momento.

—¿Puedo cantar algo?—preguntó Helga, risueña—. Lo hago bastante bien.

—Bueno, cante—se encogió de hombros el barman, que posiblemente era dueño del negocio—. Eso no hace daño a nadie. Además, la gramola está parada...

Helga extrajo de su mochila un pequeño acordeón. Comenzó a tocarlo, y todos giraron la cabeza. Ella inició con bonita voz una canción: «Black Cat».

No era ciertamente Julie Driscoll, pero tenía una voz bien timbrada, con buen gusto para entonar la melodía y con sentimiento para pronunciar con profundo tono la letra de la canción.

La escucharon todos, absortos. Al terminar, una ovación acogió su interpretación, y alguien pidió otra canción. Helga, desenvuelta, con gran desenfado, manifestó en voz alta:

—Llevo diez horas sin probar bocado, y después de pagar mi cerveza todo mi capital se eleva a veinte centavos. ¿Creen que así se puede cantar mucho?

—Me temo que no—admitió un joven negro de chaqueta de cuero y camisa roja, que tomaba whisky en el otro lado de la barra. Puso en el mostrador una moneda de cincuenta centavos, con ancha sonrisa—. No me sobra el dinero, pero apporto algo para su comida. Si los demás hacen igual, espero que pueda cantarnos algo más, señorita...

Los demás se sintieron contagiados de la generosidad del muchacho de color. Empezaron a caer monedas en el mostrador, junto a la primera de medio dólar. Y ya fueron después incluso un par de billetes de dólar, unidos a diversas monedas. Cuando terminó la colecta, el barman contó el dinero, bajo la mirada curiosa de Helga.

—Buen sueldo—silbó entre dientes el hombre, entregando el dinero a Helga—. Justamente once dólares y veinte centavos... Le basta con un dólar para la mejor comida de la casa, incluida otra cerveza, tarta de manzana y un café, muchacha.

—Perfecto—las azules pupilas de Helga brillaron, risueñas. Tomó el acordeón—. Ustedes son muy generosos. Les cantaré algo más.

Y cantó. «San Francisco», la famosa canción de Scott McKenzie, símbolo del mundo hippy, e incluso, para terminar, abordó una versión especial de «All along the watch tower», de Jimmy Hendrix.

Grandes aplausos acogieron el final de su breve recital. Ella sonrió, inclinando con gratitud la rubia cabeza, tomó el dinero sobrante, tras guardar su acordeón y, con total despreocupación,

alzó su «minipull» hasta el corpiño, y metió entre éste y su piel el dinero sobrante tras pagar la comida en el parador.

Los jóvenes volvieron a mirar con osadía las formas de la joven. Ella bajó el suéter rojo, dejándolo resbalar sobre sus curvas. El joven negro no pudo por menos de abrir sus ojos admirativos, ante la esbeltez atractiva de aquélla.

Tomó su cena con rapidez. Tras el café caliente, dio las gracias a todos nuevamente, y salió a la puerta del parador. El joven de color se dirigía para entonces a la misma salida. La dejó pasar delante, en silencioso gesto cortés, para preguntarle luego, una vez fuera:

—Señorita, ¿va a alguna parte determinada?

—Sí—asintió ella—. Voy a «Campo Esotérico».

—Oh, ¿el campamento de los hippies?

—Exacto—afirmó Helga, con sus andares cadenciosos habituales.

—Es un mal camino. Oscuro y solitario desde aquí. Además, dicen que hay algo maligno en ese hombre que dirige el campamento, e incluso en sus hippies barbudos y desaseados. Tengo ahí mi camión, señorita. Voy hacia Tijuana, pero podría desviarme de la ruta y llevarla allá...

—¿De veras haría eso por mí?—preguntó ella, sorprendida, parándose ante el muchacho de oscura piel.

—Por supuesto, señorita. No piense mal de mí si fui el primero en aportar dinero a la colecta y si la invito ahora a subir a mi camión. Le aseguro que soy honesto con las damas... mientras ellas no deseen lo contrario—y rió entre dientes, añadiendo con mayor seriedad—: Bueno, le aseguro que puede confiar en mí.

—Le creo—suspiró Helga. Miró, ceñuda, hacia la oscuridad de la izquierda. Ciertamente, la senda no era apetecible en la noche—. Pero ¿va a desviarse usted, sólo por llevarme a mí al campamento? Me parece una molestia excesiva y...

—Escuche esto, señorita. Le seré franco. No me gusta ese campamento, ni tampoco su jefe, ese hindú misterioso. No me gusta tampoco lo que la gente habla de ellos. La llevaré hasta el final de la carretera. De allí al campamento sólo le quedará por recorrer cosa de cien yardas de campo a través. Pero verá ya las luces del campamento, y no habrá peligro alguno... si usted es como ellos.

—Soy como ellos, pero ninguno de mis camaradas es peligroso.

La gente habla mal de nosotros por sistema. Estoy habituada a ello. Gracias, amigo. Creo que aceptaré su oferta—miró atrás, a los rostros de los jóvenes del bar, pegados al vidrio del escaparate—. Hay mayores peligros que un director espiritual hindú y un puñado de jóvenes inconformistas, cuando se recorre una carretera solitaria, en plena noche. Peligros como esos muchachos que parecen desnudarla a una con la mirada...

—Sí, entiendo—el negro miró de soslayo a los jóvenes—. Suba, por favor. Será mejor así.

Helga y su mochila se montaron en el camión parado frente al surtidor de gasolina. El joven negro se puso a su lado en la cabina, y el pesado vehículo arrancó.

—Miren al negro apestoso...—rezongó uno de los jovenzuelos, irritado—. Se lleva a la chica...

—Esos malditos piel de carbón tienen suerte a veces—refunfuñó otro—. Ahora, es capaz de violarla él, y luego asesinarla, dejándola en cualquier sitio... Lo hacen todos los puercos...

—Ya basta, amiguito—avisó el encargado del bar—. No me gusta que se insulte aquí a nadie, tenga el color que tenga. Largaos si no os gusta ver negros. Y no os metáis con nadie, porque vosotros parecíais bastante más ansiosos de seguir a esa chica por la carretera si no hubiera mediado Flower, llevándola en su camión. Conozco a ese muchacho, y es una excelente persona, incapaz de nada indigno.

—Es lo que tú dices...—masculló uno de los jóvenes, hundiendo con ira las manos en los bolsillos de su pantalón—. Pero no me extrañaría si esa chica no llegara viva nunca a su destino...

* * *

El jovenzuelo del parador tuvo razón.

El cadáver de Helga se encontró a menos de ciento cincuenta yardas del campamento hippy de Rhet Nirval, justamente al pie de un árbol, no lejos de donde las huellas de las pesadas y grandes ruedas de un camión, dibujaban su viraje en el barro, para emprender viaje de regreso a la carretera general.

La rubia muchacha del minipull rojo y el pantalón azul ceñido, había sufrido una ingrata y horrible muerte. Antes de ello, su cuerpo fue ultrajado de modo evidente, salvaje y brutal.

Los cabellos dorados se teñían de rojo de sangre y siena de fango. El mango de una navaja automática asomaba de su garganta, justo sobre la yugular, que atravesaba, a la vez que el resto de la garganta pálida y virginal.

Estaba muerta, con su mirada azul vidriada, fija en el cielo oscuro.

Y, lo que era más terrible. Alguien había pegado un poster en el tronco del árbol a cuyo pie yacía. Un horrendo y siniestro poster, de fondo negro intenso, con una calavera en matices rojos, sonriendo desdentada y lúgubre.

Debajo, entre los símbolos de una flor y el círculo con rectas de los hippies, unas letras blancas, bien legibles: «MAKE DEATH, NOT LOVE»

II

—Busco a una mujer, señorita. Una mujer solamente.

—Una mujer...—Candy Carson se golpeó los rojos, carnosos labios entreabiertos, con la punta posterior de su lápiz metálico de varios colores, pensativamente—. ¿Qué clase de mujer?

—Una mujer joven. Hermosa y rica. Una mujer a quien necesito hallar lo antes posible.

—Entiendo. ¿Enamorado de ella?

—Eso no le incumbe. La necesito. Quiero hallarla, saber dónde está. Es todo.

—Las personas desaparecidas no son mi especialidad.

—Pero usted es detective privado, ¿no es cierto, señorita Carson?

—Cierto, sí. Sólo que en nuestro oficio hay diversas especializaciones. Unos investigan adulterios, enredos matrimoniales y todo eso. Otros investigan problemas industriales, comerciales o financieros. Algunos, fraudes y robos, estafas, engaños, abusos de confianza. Unos pocos se ocupan de asuntos especialísimos como... homicidios.

—Homicidios...—se estremeció Ross McDaniels. Sacudió la cabeza de un lado a otro—. Cielos, no. Eso no... No me gustan los homicidios.

—Ni a mí las desapariciones, sobre todo de mujeres jóvenes, ricas... y hermosas—le respondió con ironía Candy Carson, afablemente—. Pero puedo darle los datos de algunos otros detectives que...

—No me interesa ningún otro. La elegí a usted. Y quiero que se ocupe del asunto. Le dije que ella es rica. Pero me olvidé de decirle que yo también lo soy. Y muy rico.

—Lo imaginaba—suspiró Candy—. Tiene que ser muy rico, señor McDaniels.

—¿En qué fundamentó esa suposición? Mi traje es vulgar, mi aspecto también...

—Hace un momento, cuando miré distraídamente por la ventana, vi su coche abajo, esperándole. Vi al chófer uniformado. Y vi la clase de coche que era: un «Rolls Royce» de este año. Un modelo muy caro, señor McDaniels. Y un chófer también es un lujo costoso hoy día.

—La felicito. Es usted muy observadora.

—Elemental, señor McDaniels, como diría cierto ilustre antecesor mío—rió entre dientes ella, como si se burlase sutilmente de su visitante.

—Insisto en lo que dije antes. Deseo que usted encuentre a esa mujer. Sea como sea, y gastando lo que sea. No hay límite para los gastos. Ni para sus honorarios, si encuentra a Cynthia.

—¿Por qué insiste en ello? Usted no me conoce, ignora si mi trabajo es tan bueno que justifique la elección así. Así como su obstinación en que sea yo quien se ocupe del caso...

—Hay pocas mujeres detectives en Los Ángeles —suspiró McDaniels—. Usted es una de esas pocas, y, según me informaron en el Sindicato de Investigadores Privados, tiene usted la mejor calificación posible, por sus actividades honestas y acertadas. En suma, estoy dispuesto a que usted se haga cargo de todo. Digamos que para gastos pueda llegar a invertir una suma total de unos diez mil dólares. Los depositaré en cuenta hoy mismo. Supongamos que sus honorarios habituales son de dos mil dólares, y que en un caso especial cobraría hasta tres mil. Yo elevo esa suma al doble: seis mil dólares por su trabajo. Tres mil ahora y otros tres mil al término de su tarea, sea cual sea el resultado. Pero con un premio de dos mil quinientos dólares más si localiza exactamente a esa mujer.

Candy meditó. Apparentemente era sólo una chica bonita y muy joven, una especie de cover-girl o pin-up de calendario. Pero sus ojos verdes, entornados y calculadores, demostraban que, tras aquella bonita máscara atractiva, orlada de cabellos rojos, había un cerebro activo, despierto, agudo e incisivo, dispuesto a llegar a cualquier parte.

—Es mucho dinero—comentó al fin, cautelosa.

—Ya le dije. No me importa el dinero. Tengo demasiado, para preocuparme de lo que gaste en algo que me interesa tanto como mi

propia vida. Usted puede dar con ella y resolver mi problema. Si es así, eso no tendrá precio. Pues bien, yo le pongo uno, para tratar de convencerla, aunque el asunto no sea de su gusto: seis mil dólares de mínimos honorarios, y ocho mil quinientos de máximo, con diez mil para gastos que, caso de ser necesario, se elevarían al doble. O a cuanto fuera preciso.

Candy susurró entre dientes una leve tonadilla que su lengua casi silbaba, pegada a los blancos dientes, pequeños e iguales. Con ello parecía demostrar su perplejidad o su profunda meditación.

Finalmente levantó la cabeza, miró a su cliente, y declaró, con un leve suspiro:

—Insisto en que es mucho dinero, señor McDaniels. Y yo trabajo por dinero, como todo el mundo. De modo que... acepto.

* * *

Era ella.

Alta, morena, arrogante. Piel bronceada, figura sinuosa.

—Es muy atractiva—comentó Candy, con la serenidad poco impresionable que le daba su sexo.

Y también su propio atractivo físico que, aunque con bastante más ropa, al menos en estos momentos, no tenía nada que envidiar al de la dama de pelo negro y piel de bronce de la fotografía que sujetaban sus dedos.

—Sí, mucho—convino su cliente—. Pero eso no es todo. Ella es Cynthia. Cynthia Harvest es su nombre. Y eso es lo que cuenta. Yo quiero encontrar a Cynthia. A ella. No importa que sea hermosa, que sea joven, que sea rica. Es, simplemente, porque es ella.

—¿Por qué, señor McDaniels?

—¿Por qué?—se extrañó él.

—Eso le pregunté. ¿Por qué quiere encontrarla?

—Ya se lo dije. Es cosa mía. Usted sólo tiene que hacer una cosa: dar con ella. La pagaré por eso. Es todo.

—Tendrá que darme más datos que un simple nombre.

—Le daré lo que me pida. Pregunte.

Candy Carson se puso nuevamente en pie. Caminó hasta la ventana. Miró por ella a la calle. Al otro lado, en la bocacalle de enfrente, seguía parado un «Rolls Royce» azul oscuro, último modelo. Un coche inglés costoso, de los que no se fabrican en serie.

Un alto chófer de uniforme gris perla con botones plateados y gorra de plato aguardaba, leyendo un diario, apoyado de espaldas en el guardabarros.

La figura esbelta, alta y ágil de la joven detective privada se veía a contraluz desde el asiento de Ross McDaniels, en toda su arrogancia y armonía de líneas. El sol de la tarde, filtrándose por las anchas aberturas de la persiana graduable de plástico, nimbaba de rojo cárdeno su cabello bien peinado. El ceñido y airoso vestido verde parecía hacer juego con sus pupilas inquietantes, y vivo contraste con su cabello rojizo.

—Hay muchas preguntas que hacer, aun no insistiendo en sus razones para dar con la dama —habló Candy—. Por ejemplo: ¿qué es ella, qué ha sido? ¿Dónde vivió hasta ahora?

—En muchos sitios—sonó lenta, cansada, la voz del millonario—. Nueva York, Chicago, San Francisco, Los Ángeles... Últimamente, en Los Ángeles. Ella, además de ser rica, tiene un oficio que le entusiasma. Es casi un hobby. Pero también es algo más. Es mucho más...

—¿Qué es, exactamente?

—Periodismo. Escribe artículos. Y los publica. Se los pagan bien —sonrió débilmente—. Es la vida, usted sabe. Basta que no necesite el dinero, para que las cadenas de publicaciones semanales le ofrezcan altos precios por sus escritos. Pero lo hace bien. Muy bien.

—¿Sobre qué escribe ella?

—Viajes, actualidad y todo eso... Crónicas directas, independientes, feroces a veces, porque puede permitirse el lujo de ser sincera, incluso cuando publica sus comentarios.

—Sí. El dinero, la comodidad económica, le permite a uno esos lujos—sonrió Candy—. Sólo los que no necesitan ganarse el pan de cada día pueden gozar del privilegio de llamar a las cosas por su nombre. Los demás tienen que ser hipócritas a la fuerza, vencidos por los intereses creados, por los prejuicios y por las trabas de todo orden que existen en la vida.

—Estoy conforme con eso, señorita Carson. Por eso le dije antes que ella puede permitirse el escribir cosas audaces, y las cadenas de publicaciones más fuertes se las publican sin vacilar, pagándole a peso de oro cada letra de sus crónicas.

—Muy bien. Ya tenemos a una dama llamada Cynthia Harvest,

que escribe artículos a precio de lujo, y se permite decir lo que en ella se califica de sinceridad y en otros es impertinencia o demagogia—la mueca burlona de Candy avivó incluso su encanto, cuando ella regresó lentamente de la ventana y se encaró a su cliente—. ¿Qué más puede decirme de ella, señor McDaniels?

—Fue amenazada por alguien que ocultaba su nombre. Evidentemente, sus artículos no gustaban a los perjudicados. Pero el que le dirigió amenazas telefónicas e incluso escritas, se ocultaba con el anonimato. Nunca supimos quién era. Recibió así unos cinco avisos telefónicos ominosos y otras dos o tres amenazas por Correo, a base de los consabidos recortes de letras de diario pegadas en un papel blanco, vulgar.

—¿Qué clase de amenazas?

—Todo. Acusaciones, insultos, obscenidades... e incluso un aviso inquietante, una amenaza insólita.

—¿Cuál?

—Muerte.

Candy arqueó sus cejas. Eran finas y cobrizas. Su rostro ovalado, de nariz breve, de gesto pícaro y malicioso, de inteligentes y vivos ojos verdes, de boca roja, carnosa, bien dibujada, tomó un aire casi diabólico.

—¿Muerte?—repitió—. ¿Amenazas de muerte?

—Sí—resopló McDaniels—. Ella tenía miedo. Se le notaba. Mucho miedo, señorita Carson.

—¿Temía morir a manos de alguien?

—Creo que eso es lo que pensó inmediatamente, es cierto.

—¿Hizo algo para protegerse? ¿Comunicó a la Policía lo ocurrido?

—No, no. Sencillamente, se asustó. Pero no denunció el caso.

—¿Por qué no?

—Imagine el escándalo, la publicidad, el sensacionalismo...

—Todo eso es malo. Pero morir es peor.

—Supongo que sí—McDaniels torció el gesto—. Pero nadie piensa realmente que puede morir, por muy en peligro que se vea.

—De modo que, oficialmente, las amenazas se mantuvieron en secreto.

—En completo secreto, es cierto.

—¿Usted supo lo que sucedía?

—Lo supe, sí. Ella me avisó para informarme.

—¿Qué hizo? ¿En qué sentido la aconsejó?

—No podía hacer nada. Mi consejo quizá fue también demasiado conservador, pero le sugerí que no hiciera nada, que no acudiese a la Policía en absoluto...

—¿También por miedo a la publicidad, al escándalo...?

—Sí, también—musitó él, bajando la cabeza.

—Señor McDaniels, ¿es usted casado?

El pegó un respingo. Levantó la cabeza con aire de mal humor. La sacudió, algo furioso, sin duda.

—No tengo por qué contestarle a eso—objetó, seco—. No hay motivo. No significa nada en el asunto.

—Bien, allá usted—Candy se encogió de hombros, sonriente. Tomó unas gafas de encima de la mesa. Se las puso. Eran gafas livianas, modernas, ligeras y estilizadas, con forma de alas de mariposa. Montura plateada, con piedrecillas en sus varillas. Vidrios ligeros, de tono levemente amarillo, que dio a sus ojos verdes una rara, fantástica tonalidad—. Pero yo sé que es casado. O viudo, o divorciado. Pero se casó. Y estuvo casado bastante tiempo. O lo está aún y no quiere revelarlo.

—¿Por qué dice eso?—protestó McDaniels—. No tiene fundamento para...

—Su dedo anular, señor McDaniels. Aquél en que el sacerdote pone el anillo—lo señaló, decidida—. Toma frecuentes baños de sol o de rayos ultravioleta. Y no se quita ese anillo. Ahora sí se lo ha quitado. Vea el círculo pálido en su piel morena...

McDaniels miró, asombrado. Era cierto. Delgada, sutil, aparecía la huella del anillo, ausente ahora en el dedo. Una delgada mancha circular, más pálida.

—Elemental—suspiró McDaniels, sardónico, inclinando la cabeza con una sonrisa burlona—. Sí, estoy casado, señorita Carson.

—¿Aún quiere que yo investigue el caso?—preguntó ella, incisiva.

—Claro. ¿Por qué no había de hacerlo?

—Entonces, señor McDaniels, no trate de seguir engañándome. Sea, al menos, sincero en lo que yo le pregunte. No quiero mentiras ridículas. Bien está que no me hable de su relación directa o indirecta con Cynthia Harvest. Pero no me niegue otras cosas. O

renunciaré.

—Perdone. No volverá a ocurrir.

—Gracias. Señor McDaniels, ¿su esposa debe saber algo de todo esto?

—No—confesó amargamente el cliente de Candy, inclinando la cabeza—. No...

—Ya—la sonrisa de Candy se hizo expresiva—. Sigamos con los anónimos. ¿Qué pasó después?

—Nada.

—¿Nada? ¿Eso quiere decir, realmente, «nada»?

—Bueno, no atentaron contra su vida, si es eso lo que quiere decir. Todo siguió normalmente. Cynthia preparaba otro artículo importante sobre algo de actualidad. Me habló por encima de ello. Se fue el fin de semana fuera de Los Ángeles, a madurar la crónica, según me dijo. Luego, súbitamente..., desapareció.

—¿Desapareció?

—No volvió, que es lo mismo. Nunca regresó de ese week-end. No sé adónde fue. Nadie sabe nada de nada.

—¿Dónde pasaba ella los fines de semana?

—En la isla de Santa Catalina. En Avalon. Frente a Santa Ana y Huntington Beach, a menos de cinco millas de Los Ángeles...

—¿También fue allí esa semana?

—También. Tiene en Santa Catalina unos parientes, los Wilder. Un matrimonio también rico e importante. Aseguran que ella abandonó Santa Catalina el domingo por la noche. Si es así, jamás llegó a Los Ángeles. Nadie ha vuelto a verla.

—Entiendo. ¿No hay dudas sobre su salida de Santa Catalina?

—Ninguna. Los Wilder son de total confianza. La vieron salir de la isla, rumbo a la costa. Entonces eran aproximadamente las nueve de la noche del domingo. Estaba lloviznando, pero nada fuerte ni amenazador.

—¿Iba sola ella o la conducía alguien?

—Cynthia siempre iba sola. Conducía su propia canoa a motor, especial para pesca submarina. La vieron alejarse de la isla. No ha habido más noticias.

—Pudo volcar, zozobrar, sufrir un accidente...

—El servicio de Guardacostas niega tal posibilidad. El radar no detectó nada. No hubo accidentes esa noche en toda la costa.

—Pero ella no volvió.

—No. Y eso es lo raro. Se eclipsó. Dejó de verse. Sin embargo, no hubo accidentes. No murió ni sufrió daño alguno.

—¿Cómo puede estar tan seguro de eso?—dudó ella.

—Lo puedo estar, señorita Carson—sonrió McDaniels—. Lo sé, porque ella misma me lo dijo.

—¿Ella?—pestañeó Candy—. No le entiendo.

—Ocurrió hace dos días. Por eso estoy aquí. Cynthia me telefoneó.

—¿Desde dónde?

—No lo sé. No he podido saberlo. Pero me puse al teléfono, y era su voz. Me habló. Me dijo que no me preocupase. Que estaba a salvo de riesgos y metida en un importante asunto. Iba a aportar pruebas de algo grave, pero no dijo el qué. Su famoso artículo no estaba escrito aún. Faltaba algo importante. Muy importante, según ella. Algo tras cuya pista se encontraba. Algo que iba a conocer a fondo de un momento a otro, permitiéndole hacer una denuncia formal contra algo muy grave, muy serio, muy trascendente, que iba a armar revuelo en el país. Creía que por eso intentarían matarla. No añadió más. Me despidió como siempre lo hacía, y me pidió confianza y paciencia.

—¿Cree que era su voz, sin lugar a dudas?

—Estoy convencido. No sólo por su timbre, sino por su modo de hablar, por ciertos conceptos y expresiones habituales... No hay duda. Era ella.

—Usted no ha demostrado mucha confianza ni paciencia, puesto que viene a mí. Imaginaba que ella había sufrido algún peligro, algún ataque... Y resulta que vive, que está a salvo y que, además, anda tras algo muy importante. ¿No trató de localizar el origen de su llamada?

—Sí. Lo pedí a la central telefónica, pero negaron la información. Dijeron que era confidencial, y no me podían revelar el origen de la llamada. Entonces apelé a un buen amigo. Prometió mirar el asunto e informarme, porque él conoce gente importante de la Compañía.

—¿Lo consiguió?

—Está en ello. Saben que es una llamada de larga distancia, pero no registraron su origen, o, si lo hicieron, no quieren revelarlo. Ya

veremos lo que ocurre con eso. El cree que es una llamada desde San Diego, pero no está seguro. Además, eso no aclara nada. Ella puede estar en Méjico, en cualquier otro lugar, y haber llamado desde el primer sitio que se le ocurrió o desde donde tuvo oportunidad. Lo que yo quiero saber es dónde está realmente.

—Usted ha hablado varias veces de ese artículo de actualidad. Pero no me ha dicho qué tema pensaba enfocar en él. Concretamente, ¿sobre qué o sobre quién iba a escribir Cynthia Harvest cuando desapareció súbitamente? ¿Sobre qué asunto?

—Sobre los hippies.

—¡Los hippies!—Candy le miró asombrada—. ¿Qué puede tener eso de peligroso?

—No lo sé. No lo dijo.

—Hippies... ¿No sabe nada más?

—Sí. Ella quería ir a un campamento hippy, mezclarse con ellos, fingir que era una de las componentes de esa absurda fauna..., y poder así llegar al fondo de la cuestión, levantando el velo que cubría ciertas cosas abominables... Es cuanto sé. Cuanto ella explicó, señorita Carson, puede creerme.

—Le creo—Candy meditó, ceñuda—. Hippies... No le veo el sentido.

—Pues lamento no poderla ayudar en eso—extrajo un talonario. Comenzó a extender una serie de talones—. Le voy a dar ahora su dinero para gastos y los primeros tres mil dólares. Ingresaré en un Banco los tres mil restantes. Y otro talón, por dos mil quinientos, esperará los resultados de su investigación. ¿Conforme?

—Conforme, sí.

Le entregó dos talones. Se guardó los dos restantes. Candy tomó sin emoción aparente aquellos trece mil dólares de honorarios y posibles gastos futuros. Sólo sus ojos pestañearon, revelando una pequeña excitación. En su oficio, no abundaban los asuntos así. No con tanto dinero por medio.

Al final, Ross McDaniels se incorporó. Su maciza figura, vestida con corrección pero sin ostentaciones, superó en un pie largo a Candy. Estrechó suavemente la mano de la joven detective particular, y esbozó una sonrisa que distendió su ancha boca de gruesos labios.

—Gracias por todo, señorita Carson—dijo—. Espero que tenga

suerte.

—Yo también lo espero—respondió ella.

McDaniels se encaminó a la puerta. La hoja de vidrio esmerilado, con las doradas letras donde se leía: «CANDY CARSON, PRIVATE EYE», se abrió y cerró, dejando paso a Ross McDaniels.

Candy Carson, la sexy detective privada, se quedó sola en su oficina. Pensativa. Abanicándose con dos talones bancarios por un buen puñado de miles de dólares al portador...

—Extraño caso...—dijo pensativa, a flor de labios—. Una mujer desaparecida... y los hippies...

III

Hippies...

—Sí, capitán. Son hippies. Todos ellos.

—¡Puah!—masculló abruptamente el oficial—. Me dan asco. Basura inmunda, gente sucia y desharrapada...

—Hay quien no opina así—contemporizó el sargento Bendix—. Son inconformistas, gentes que no están de acuerdo con los sistemas establecidos. Tienen derecho a ir como les parezca, ¿no, capitán?

—En cierto modo. Deberían afeitarse, cortarse el cabello, lavar sus ropas y sus cuerpos—hizo un gesto de náusea—. ¿No se puede ser inconformista sin ser sucio?

—Es cuestión de matices, señor.

—Es cuestión de falta de higiene—rezongó el capitán Stuart Robbins, de Homicidios. Luego rasgó sus cabellos cortos, a cepillo, que le hacían parecer un caporal de Ejército, en cualquier duro pelotón de instrucción. Su propia cara, maciza y abotagada, de larga nariz abultada y mejillas rojizas bajo los estrechos ojos azules, le daba un aire de militar intransigente y rudo. Miró al suelo, pensativamente—. ¿Algo nuevo sobre la chica?

—Nada, capitán. Sólo sabemos que se llamaba Helga, porque así lo pone, bordado en su mochila y en... en...

—¿Dónde, sargento?

—En su corpiño...—el sargento tragó saliva, cohibido—. Pobre muchacha...

—Sí. Pobre muchacha — masculló Robbins—. Pero ¿quién la mandaba ir haciendo auto-stop por ahí, sola y en plena noche? ¿También eso es inconformismo, sargento?

—También, en cierto modo—suspiró el aludido—. Pero ella se lavaba. Huele bien, su piel es tersa, pulcra...

—Ya lo vi—cortó, seco, el capitán Robbins—. Los sucios son los que la atacaron, pobre chica... Pudieron ser esos hippies, ¿no?

—Pudieron, sí. Pero ellos afirman una y otra vez que no. Nadie abandonó el campamento, según afirman, hasta después de haber oídos gritos desgarradores en el sendero. Cuando llegaron habían pasado ya algunos minutos. Se encontraron... con todo eso.

Robbins miró el bulto cubierto con la manta. Y el poster en el árbol.

—No me gusta—dijo.

—¿Qué no le gusta?—se interesó el sargento.

—Todo esto. La chica muerta, el lugar, los hippies... y, sobre todo, ese cartel.

—Es un poster, capitán—explicó Bendix—. Algo muy de moda precisamente entre la juventud...

—Sí, ya sé. Para mí, siempre será lo que es realmente: un cartel, un mural. Por cierto, bastante desagradable. ¿Venden esa clase de... de posters, sargento?

—Si he de serle sincero, lo ignoro. Nunca compré ninguno. Pero creo que ese poster, concretamente, es de pésimo gusto. Y su lema... no encaja con lo que es habitual entre los jóvenes, sobre todo los hippies. Su slogan es «Haz el amor, no la guerra», «Ama las flores», y cosas parecidas. Por eso... «Haz la Muerte, no el Amor»... —sacudió la cabeza, perplejo—. No sé... Es siniestro, horrible. Repulsivo y de pésimo gusto, señor. Además..., fue fijado justamente encima del punto donde mataron a la chica...

El capitán de Homicidios Robbins caminó pesadamente, dando un rodeo para no rozar el cuerpo de Helga, hasta el árbol. Tocó el papel por sus esquinas. Luego dejó deslizar sus dedos por el centro. Se volvió lentamente a su subordinado.

—Lo pegaron recientemente. No lleva ahí ni diez horas. De modo que debieron adherirlo después de ser muerta ella...

El sargento Bendix afirmó despacio:

—Eso me había parecido también a mí. No está ahí casualmente, ni Helga vino a morir debajo de tan feo poster. Sencillamente, después de morir la chica, pusieron ahí el cartel.

—No me gusta que ocurriera así.

—Tampoco a mí, capitán. Es... siniestro. Alguien dejó como... como una firma de lo que hizo.

—¿Cree que fue el propio asesino quién...?

—El lema coincide con sus gustos. Encontró en un despoblado a

una chica como Helga. No la hizo el amor. La ultrajó primero, bestialmente, como puro acto de animal feroz, y luego la mató. Nada de amor. Sólo violencia... y muerte. No, eso no va con el credo de los hippies.

—De modo que usted sostiene que no debieron ser ellos—señaló al campamento cercano.

—Bueno, nunca se sabe—encogióse de hombros el sargento—. Entre todos ellos puede haber un maníaco sexual, un sádico escondido. O alguien que habitualmente es pacífico y amante de la no violencia, para súbitamente convertirse, en determinadas circunstancias, en todo lo contrario. La mente humana es un completo enigma, a fin de cuentas...

—Es lo mismo que yo había pensado, sargento —suspiró Robbins, irritado—. No me gusta esa gente. No creo que todos sean honestos ni pacíficos. De momento, vamos a investigar en ese campamento. Luego averiguaremos cómo llegó la chica hasta aquí, y lo que pudo suceder realmente... ¿Vamos ya, Bendix?

—Sí, capitán—asintió el sargento, pensativo, contemplando el bulto del cadáver tapado a la vista de todos. Suspiró, sacudiendo la cabeza—. Pobre muchacha...

Se alejaron hacia el campamento hippy, en tanto los agentes de Policía y los expertos en huellas continuaban sus trabajos en torno al cadáver.

* * *

El dueño del bar del parador se quedó contemplando a su mujer con gesto demudado.

—¿Estás segura de eso?—preguntó, tenso.

—Y bien segura. Acaba de informarme el agente Williams—asintió ella, quitándose su chaqueta para suplirla por el delantal y la cofia de cocina—. Encontraron a la chica muerta, cerca del campamento de los hippies.

—Cielos...

—Es la misma que cantó anoche aquí. Se llamaba Helga. Y llevaba un minipull rojo y pantalones azules de dril...

—No es posible. Tan llena de vida, tan joven... —tragó saliva el hombre, sumamente pálido.

—No importa nada de eso, si alguien te ataca y te degüella—

cortó su mujer, abrupta—. Además..., antes de eso la violentaron. Pobrecilla... Claro que es lo que yo digo siempre. Las chicas de hoy no tienen sentido. Caminan solas por ahí, creen que pueden defenderse solas... Y ocurren cosas así.

Su marido la vio entrar en la cocina, como en sueños. Regresó lentamente al mostrador. Tomó un vaso para secarlo. Se cayó de sus manos, quebrándose. Sobresaltados, los jóvenes que escuchaban una grabación de Aretha Franklyn en el tocadiscos público, se volvieron hacia él.

—Eh, ya basta de asustar a la gente—gruñó uno de los muchachos—. ¿Qué te ocurre hoy? Parece que hayas visto a un fantasma...

—Quizá lo vimos todos anoche—jadeó el hombre, sacudiendo su cabeza con pesimismo.

—¿Qué quieres decir con eso?—rezongó otro.

—La chica que estuvo aquí, ¿recordáis? La que cantaba con su pequeño acordeón...

—Bueno, yo me acuerdo bien de ella, pero no precisamente por su acordeón—rió el joven—. ¿Qué hay con ella? No me dirás que era un fantasma. Porque, para ser eso, estaba bastante rellenita...

—Ahora es un fantasma, muchachas — habló él—. La mataron.

—¿Quéée?—pegó un respingo el muchacho, y todos los demás olvidaron a Aretha Franklyn en el acto, para fijar su atención únicamente en el barman del parador.

—La mataron. El agente Williams se lo ha dicho a Norah. La violaron primero, en un descampado, cerca del campamento hippy. Luego, la degollaron, según creo...

Hubo un silencio de muerte. Los jóvenes, atónitos, se miraron unos a otros con enorme estupor.

Alguno, en el silencio, hizo un comentario apagado:

—Flower... Flower se la llevó en su camión, ¿recordáis...?

Todos los ojos buscaron al que había hablado. Hubo asentimientos. Y miradas perplejas.

—Sí...—convino alguien—. Es cierto. Flower la llevó consigo.

Hubo un silencio profundo, expectante. Todos los presentes parecieron repentinamente aplanados por una invisible losa que hundía sus cabezas entre los hombros.

—Moran tiene razón—aseguró alguien en el parador—. Ese

negro apestoso la convenció con buenas palabras. Se la llevó. Luego debió violarla y la mató...

—Esperad—cortó rápidamente Simón Walters, el cantinero. Alzó vivamente su mano, y los jóvenes le miraron—. No se pueden hacer afirmaciones semejantes sin mucha seguridad. El chico, Flower, es un buen muchacho. ¿Qué importa el color de su piel? Todos le conocemos, y nunca hizo nada malo...

—Claro que importa el color—manifestó otro joven, agresivo, pegando un puñetazo en el mostrador—. Todos los negros son unos cochinos morbosos... No hizo nunca nada malo porque no tuvo ocasión. Pero en cuanto vio a la chica junto a él, la contempló, con sus curvas hermosas, sintió el calor de su cuerpo... Enloqueció y la atacó.

—Eh, Abner, parece que tú mismo seas quien siente esas ideas morbosas—replicó Walters vivamente—. Lo dices con tal realismo...

—Escucha, Simón—se le encaró el joven y agresivo Abner Hogan, rabiosamente—. ¿Estás al lado del negro o al lado nuestro?

—Yo siempre estoy al lado de lo justo—rechazó el cantinero—. Y lo que estáis diciendo vosotros no me parece nada justo.

—Al diablo con él, Hogan—repuso Kenneth Moran, el joven que hablara primero—. No tenemos que contar con Walters para nada. Vamos a buscar a ese negrito y a ajustar cuentas. No se puede tolerar que una chica como aquélla termine en sus sucias manos, cochinamente asesinada...

Hubo un murmullo general de aprobación. Walters, asustado de lo que se estaba tramando allí, retrocedió vivamente, agitando sus manos.

—Largaos—dijo—. No quiere jaleos en mi casa. No permitiré que conspiréis aquí contra nadie. Si creéis tener pruebas, id al capitán Robbins y contadle lo que pensáis. El actuará como deba.

—Oh, no, Walters—rechazó sarcástico Abner Hogan—. La Policía anda ahora con todos esos jaleos de la integración racial y de la lucha por los derechos civiles de los tipos de color. No quiero que me saquen de la manga cualquier truquito, para proteger a ese cerdo... Esta vez, del asunto nos ocuparemos solamente nosotros. Y te aseguro que sabremos hacerlo...

Caminaron hacia la salida, en grupo. No era nada tranquilizador el aspecto de los jóvenes. Uno de ellos, ya en la salida, se volvió al

cantinerero resueltamente.

—Escucha esto—avisó—. Si das cuenta de algo a la Policía, te arrastraremos por toda la carretera y haremos trizas tu establecimiento. Estás advertido, Walters...

Salieron, dando un portazo violento. Se alejaron, cuchicheando entre sí apagadamente. Walters, amedrentado, se volvió hacia la cocina. Clavó sus ojos en el teléfono. La cabeza de su mujer asomó por el hueco de la ventana de la cocina.

—Cuidado, Simón—habló ella—. Sé lo que estás pensando..., y será mejor que lo olvides. Esos muchachos son dinamita. Y no tenemos razón alguna para arriesgarnos por ese camionero, sea blanco, negro o amarillo. Vuelve a tu trabajo y olvida el asunto.

—Pero, Norah...

—Olvídalo—repitió ella, cortante—. Es lo mejor para todos. Y desapareció dentro de la cocina, sin esperar a más.

* * *

El autobús se detuvo frente a la gasolinera. Bajaron los pasajeros que habían prolongado su viaje desde San Diego hacia el sur de California. Entre ellos, la muchacha pelirroja, bonita y bien formada, de aire deportivo y juvenil.

Se detuvo al borde del sendero, con su maletín apoyado en el suelo. Miró a un lado y otro, frunciendo el ceño pensativamente. Los ojos verdes de la muchacha lo escudriñaron todo, sin demasiado entusiasmo. El sol era crudo, el calor intenso, y el aire seco y caliginoso. Resopló graciosamente y luego lanzó un leve bufido que agitó una onda de su roja melena, rebeldemente caída sobre la frente.

—Hermoso lugar—se dijo—. ¿Quién diablos me mandaría venir aquí?

Recordó algo. Unos papelitos verdes, rectangulares, firmados por un tal Ross McDaniels. Valía la pena sacrificarse en cierto modo por cosas así. Candy Carson tomó de nuevo su maletín y miró al parador de gasolina y la cantina inmediata.

Tenía sed, pero también tenía prisa. No quería quedarse en aquel paraje todo el día. Le habían hablado de los más importantes campamentos hippies del Estado de California. Y uno de los principales era el del profeta sicodélico Rhet Nirval, guía de los

seguidores de la Meditación Trascendente.

Miró su plano de la región. Una cruz con lápiz rojo señalaba el punto exacto donde se hallaba el llamado «Campo Esotérico» de California. Nada lejos de allí, si los datos eran exactos.

Echó a andar resueltamente. Siempre era decidida en todas sus cosas. Llegó al parador de carretera. Dominó su tentación de entrar en el parador y optó por tomar una botella de refresco de cola de una caja automática de autoservicio, situada cerca de los surtidores de gasolina.

Preguntó por el campamento a un empleado de la gasolinera, y él señaló hacia el punto concreto donde debía dirigirse. Le dio las gracias y se alejó, sorbiendo su refresco, frío y espumoso.

Dejó atrás la gasolinera y el parador de carretera. El maletín era liviano. Contenía pocas cosas. Otras las había dejado en otra maleta, en un depósito de alquiler de la estación terminal de autobuses de San Diego, para cuando regresara.

Y estaba segura de que regresaría. Este era el segundo lugar hippy que visitaba en la larga geografía californiana. No era fácil que hallase tan fácilmente el paradero posible de la desaparecida Cynthia Harvest..., o, al menos, el último lugar donde pudo encontrarse estando viva. Si seguía estándolo o no, eso formaba parte de la incógnita de su trabajo actual...

Y su trabajo, en realidad, siempre había estado lleno de incógnitas por todas partes. Era cosa del oficio. De no ser así, no tendría nunca tarea alguna que emprender.

Avanzó bordeando la ruta hacia la zona boscosa. No había querido alquilar coche alguno para ir hasta allá. Le gustaba más acercarse a los sitios por su propio pie. Era la mejor manera de estar cerca de la gente, de conocerla y sentirla.

Tenía sus inconvenientes, como este de ahora. Andar bajo el fuerte sol no tenía mucha gracia, pero esos problemas también eran cosa de su oficio. .

Apenas había recorrido doscientas yardas, cuando sonó un claxon cerca. Una sombra voluminosa se interpuso entre ella y el sol. Volvió a sonar el claxon. Candy se volvió.

—¡Eh, usted!—llamó la voz desde la cabina del camión—. ¿Adónde va?

—Al campamento hippy. Al «Campo Esotérico» —explicó Candy,

risueña.

—Vaya por Dios—suspiró el conductor—. A todas las chicas bonitas les ha dado últimamente por ir a ese campamento... Está a alguna distancia y el sol es fuerte. ¿Quiere que la lleve?

Candy le observó, atenta. Era un muchacho joven. Rostro oscuro, de raza de color. Facciones amables y risueñas. Dudó. Era desconfiada por naturaleza, pero el muchacho parecía de fiar. Si no era así, ella poseía recursos. El judo no era mala cosa en ciertas ocasiones para los excesivamente atrevidos que fían en su fuerza y en la debilidad teórica del otro sexo.

—¿Sube, o prefiere seguir a pie?—insistió el muchacho.

—Está bien—admitió Candy—. Gracias por el favor. Iré con usted, si no le importa.

—Oh, en absoluto. Ya llevé a otra chica anteriormente. Justamente anoche... Es más agradable que viajar solo. Pero le aseguro que no soy ningún atrevido.

—Le creo—sonrió ella, subiendo a la cabina ágilmente, sin importarle lo mucho que su falda subía sobre los muslos bien torneados al izarse a la cabina del camión—. No he pensado mal de usted tampoco.

—Mi nombre es Flower—dijo el joven de color—. Keenan Flower, señorita.

—Yo me llamo Candy. Candy Carson.

—Candy... Muy bonito — ponderó Flower, poniendo el camión nuevamente en marcha, sin mucha velocidad.

La joven contempló de soslayo al muchacho de raza negra. Tenía facciones correctas, un gesto agradable y una figura espigada y armoniosa. Pensó que podía conocer muchas cosas de aquellos lugares y sus gentes. Especialmente, de lo relacionado con «Campo Esotérico», el lugar de los hippies.

Aventuró una pregunta tímida en principio:

—¿Es un buen amigo de los hippies?

—¿Cómo?—él se volvió con vivacidad, sin abandonar el volante ni el control del vehículo, para lo cual inmediatamente regresaron sus ojos a la ruta—. ¿De esos jóvenes de ambos sexos que se agrupan en torno al santón hindú, o lo que sea?

—Sí, a ellos me refería. Creo que ese hindú se llama Rhet Nirval, ¿no es cierto?

—Es lo que dicen. Pero, en realidad, no me parece un santón ni un hindú.

—¿No?

—Hay mucho pillo hoy en día que vive de la buena fe de las gentes, señorita. Estoy seguro de que ese guía espiritual de los hippies es uno de ellos.

—Posiblemente lo sea—meditó Candy, para cambiar de tono y hacer una pregunta en otro sentido—. Flower, ¿dijo usted que ha llevado a otras chicas a ese campamento? Citó algo al respecto, si no recuerdo mal...

—No, no recuerda mal—sonrió él, moviendo enérgicamente su cabeza de cabello rizado, denso como oscuro algodón—. Llevé ayer a una. Y otras veces a otras muchachas que, como usted, iban a pie bajo el sol o la lluvia...

—¿Cómo era la chica a quien llevó ayer? ¿Morena, exuberante...?

—No, no. Exuberante, sí—sonrió con cierta malicia—. Eso pude advertirlo, pese a que no soy un insolente ni un atrevido. Pero era rubia, muy rubia, y hacía auto-stop por costumbre. Vestía muy... agresivamente. Creo que todos los hombres se la quedaban mirando, y a ella eso le divertía. Pero a veces es peligroso. Muy peligroso.

—¿Peligroso?—frunció el ceño con un delicioso gesto la joven Candy.

—Bueno, me refería a que nunca se sabe con quién se puede uno tropezar. Hay tipos que desnudan a una chica con la mirada. Esos no son de fiar. Ocurren tantas aberraciones actualmente, por culpa de la libertad de las chicas...

—Yo busco a una amiga—dijo Candy, eludiendo hablar sobre ese tema—. Una chica morena, de ojos oscuros, muy atractiva, alta y arrogante... No hace auto-stop por sistema, pero le gusta recorrer el mundo. ¿Ha visto a alguna semejante?

—Las he visto de todas las clases. Y en el «Campo Esotérico» hay docenas de ellas, deambulando entre barbudos y melenudos increíbles. Si va allí, ya los verá a todos. A veces me pregunto si ellos tienen razón o es solamente un mundo de locos.

—¿Los hippies?—meditó Candy—. Bueno, todos nos preguntamos lo mismo. Algún día se sabrá con más claridad. De

momento, su lema es hermoso. Y sus principios de amor y de paz, también.

—Pero ¿hace falta añadirle todos esos pelos, esa ropa sucia y esas camisas de flores?

—No lo sé—se encogió de hombros la joven—. Es como una protesta contra lo establecido. Es difícil definirse en cosas así, Flower...

—Estamos llegando ya, señorita—señaló ante sí—. Tras ese recodo está el campamento de los hippies... Eh, pero ¿qué hacen esos locos?

Frenó rápidamente Flower, mirando con ojos redondos, muy abiertos, al grupo de jóvenes que le cerraban el paso en la carretera secundaria, bloqueándola con su repentina presencia. Habían surgido de entre los arbustos y se cruzaban en su camino, impidiéndole continuar, a menos que no los arrollase a todos con su vehículo.

—Baja, Flower. Queremos hablar contigo—dijo uno de ellos, adelantándose.

Eran ocho o diez, contó Candy, sorprendida. Flower parecía conocerlos, porque respondió con voz tonante:

—Vosotros, Moran, Hogan, Pardner..., ¿qué mosca os ha picado para hacer esa tontería? Pude haberos arrollado, si voy más de prisa...

—Por favor, baja—pidió otro—. Es importante, Flower...

—Eh, mirad—dijo otro. Lleva una chica en el camión. Otra... Este Flower tiene «gancho», ¿no os parece?

Candy creyó advertir cierta extraña, inquietante ironía en el tono de voz de los muchachos. Vio bajar a Flower, caminar hacia ellos pausadamente, con cierto enfado todavía en el rostro, pero totalmente confiado. Sin saber la razón, la joven llegada de Los Ángeles intuyó que había allí algo oculto, algo que la preocupaba. Se preguntó si Flower debía de ser tan confiado en su acción...

—Vaya, ayer una rubia, hoy una pelirroja... —hablaba otro de los jóvenes, mirándola con sorna—. Flower gusta variar de modelos de chica...

—¿Las coleccionas, Flower?—preguntó otro.

—Estáis diciendo tonterías—se enfadó él, parándose ante el grupo de muchachos—. Ella es una señorita que tiene que ir a ver a

los hippies. Solamente estoy llevándola allá. Ahora decid, ¿qué diablos queréis, para reuniros aquí y hacerme parar?

—Flower, no queremos que sigas coleccionando chicas bonitas...

—habló Kenneth Moran, que parecía capitanear el grupo.

—Moran, eso es una estupidez. Te dije que...

—Sí, ya lo oímos, ¿verdad, chicos?—les miró, zumbón, y todos asintieron—. Flower, no nos gusta que lleves chicas en tu camión, cochino negro.

—¡Moran!—se estremeció Flower—. ¿Por qué..., por qué ese insulto?

—Flower, no vas a coleccionar más chicas bonitas... muertas—masculló Abner Hogan—. ¿Lo entendiste?

Le habían rodeado, en un denso cerco amenazador. Sorprendido el gesto, Flower miró a uno y otro lado, encontrándose totalmente cercado, sin posibilidad de escape.

—¿De qué habláis?—masculló—. ¿Por qué dijiste eso de... de muertas?

—Vamos, no te las des de nuevas, asqueroso sádico—rugió Moran—. Sabes bien lo sucedido anoche. Sabes lo que hiciste anoche con la chica rubia... No te conformaste con abusar de ella, con ultrajarla..., sino que luego ¡LA ASESINASTE!

—¡Locos!—aulló Flower, desorbitando los ojos. Agitó sus brazos—. ¡Estáis todos locos!

—Disimulas muy bien, puerco—acusó otro, zarandeándole—. Pero no vas a continuar con tus hazañas. Eres tú quien está loco, tú quién eres un peligro para todo el mundo, una amenaza para las pobres chicas que viajan solas... Flower, tienes que pagar. Y pagarás. No vamos a entregarte a la Ley. No. Ellos te disculparían, dirían que no pueden acusarte sin pruebas. Nosotros no tenemos pruebas. Pero nosotros sabemos que lo hiciste. Flower, vamos a tomarnos la justicia por nuestra mano, ¿entiendes?

—¿Qué... qué pretendéis?—jadeó Flower, empezando a sentirse realmente aterrorizado, dentro de aquel cerco ominoso de jóvenes altos, fuertes y decididos—. Esto... esto es un disparate... No hice daño a nadie. La chica aquella no pudo sufrir ningún mal... ni morir.

—Pues lo sufrió. Y murió brutalmente asesinada, Flower. No puedes negar. Y aunque niegues, no te vamos a creer. ¡Adelante,

muchachos!

—¡No, no!—gritó—. ¿Qué barbaridad es esta...?

Cayeron sobre él. Le golpearon, le derribaron.

Forcejeó con violencia Flower, pero inútilmente. Eran muchos para él solo y le habían rodeado sin evasión posible.

Candy asistía demudada a la terrible escena.

Ahora sabía de qué se trataba. Un linchamiento. Un feroz y primitivo linchamiento. La ley de la masa. Tal vez Flower fuese culpable, pero este no era el procedimiento adecuado...

—Señorita, será mejor que se aleje y no diga nada de esto a nadie—habló uno de los muchachos, acercándose al camión—. Lo que ocurrirá ahora aquí no va a ser nada agradable para usted...

—¡No pueden hacer eso!—gimió ella—. ¡Es un... una salvajada!

—Señorita, usted no vio el cuerpo de Helga, la chica asesinada por ese cerdo... Ni se puede dar cuenta de cuál hubiera sido su propio final a manos de él...

—Pero no es forma de obrar entre gentes civilizadas... No hagan eso. Sería un asesinato también...

—No se meta en ello—cortó el joven, tajante—. Vamos, márchese.

Candy podía hacer algo aún. Extraer su pequeña automática, disparar o intentarlo al menos. Pero estaba segura de que los jóvenes bárbaros no la dejarían ir más lejos, y la amordazarían y ligarían, si era preciso, hasta cumplir su salvaje cometido.

Vio, estremecida de horror, cómo el cuerpo del negro Flower se agitaba en tierra, golpeado por veinte puños furiosos, por puntapiés y salivazos. Uno de los muchachos estaba buscando un árbol y llevaba consigo un rollo de cuerda. Candy estuvo segura de que sus rojos cabellos se erizaban de pavor.

Saltó de la cabina, con un gemido, y emprendió veloz carrera hacia atrás, alejándose de la escena del terrible ataque. Dentro de un minuto o dos, un muchacho de color colgaría de un árbol, linchado por la masa de jóvenes furiosos...

Era un espectáculo tan feroz como incomprensible en una civilización moderna, pero así eran a veces los instintos. Y ella ni siquiera podía evitarlo con sus pobres fuerzas.

Salió a la carretera, exasperada. Se detuvo, jadeante, escudriñando en torno, buscando algún lugar, a alguien a quien

llamar...

Los jóvenes habían escogido de forma idónea el punto para su ataque. No había nadie, absolutamente nadie a la vista. Y por aquella carretera secundaria circulaban pocos vehículos en ambas direcciones. En este momento, ninguno...

Llegó a sus oídos un alarido inhumano, allá en la espesura. Angustiada, se tapó los oídos con ambas manos. Tal vez estaban arrastrando a Flower a la soga. O quizá ya estaban colgándole...

Vaciló, al borde del desvanecimiento. El sol parecía penetrar a oleadas cegadoras en sus ojos, deformando las cosas, borrando las formas...

El rugido del motor casi la asustó. Vio ante sí más luz del sol, amarillo rabiosa, envolviendo algo.

—Señorita... ¿Se siente bien?

Era una voz varonil. Pestañeó, tambaleante. Finalmente, vio que no todo parecía amarillo por la crudeza del sol. Es que, realmente, era amarillo.

Un coche. Un automóvil deportivo, descapotable... Y una voz de hombre, insistiendo cortés y preocupada:

—Señorita... ¿Le ocurre algo, por favor?

—Allí...—gimió, señalando los arbustos—. Allí, por Dios...

—¿Qué ocurre allí? ¿La persiguen?—preguntó él—. ¿Ha sucedido algo?

—Allí...—sollozó—. Están... están linchando a un hombre. A un muchacho negro...

—¿Qué?—rugió el hombre.

La miró, mientras Candy afirmaba repetidamente, con gesto convulso. Luego, el motor rugió de nuevo al ponerse en marcha. El coche deportivo amarillo zumbó rabiosamente, enfilando los arbustos.

Candy, tambaleante, asustada, caminó detrás del coche, vacilando pero dispuesta a ser de alguna ayuda, ahora que había un hombre que se metía en el conflicto...

IV

Al joven Flower, sujeto entre varios brazos, sangrante e inconsciente casi, forcejeaba aún, a la desesperada, intentando evitar el lazo mortal de la soga en su cuello. Pero todo iba a ser inútil. Eran demasiados brazos, demasiadas fuerzas aunadas contra un hombre solo...

—Ya lo tengo...—jadeó Moran—. Tú, Hogan, sujeta bien la cuerda. En menos de un minuto habrá terminado todo...

La cuerda cayó en el cuello del muchacho de color. Lo que seguiría iba a ser horrible. Tirar de esa cuerda, tensarla, izar al joven Flower hasta que su cuello se quebrase con un chasquido... Y la ley de Lynch, violenta y brutal, se habría cumplido.

De repente, llegó el rugido del motor. Un bólido amarillo penetró, rasgando hojarasca y arbustos, saliendo de la carretera, para detenerse frente al feroz espectáculo.

—¡Un tipo se mete en esto!—aulló Hogan—. ¡Debe haberle avisado la chica!

—Ocupaos de él, mientras nosotros terminamos—ordenó, sudoroso, Moran—. Esto ya está virtualmente liquidado. Entretenedlo, pero procurad no hacerle daño y...

—¡Moran, viene armado! —jadeó Klaus Pardned, otro de los mozalbetes violentos.

Siguió un estampido de arma de fuego. Una bala silbó sobre la cabeza de los muchachos, que se volvieron sobresaltados hacia el recién llegado. Este, saltando sobre la portezuela del descapotable, se enfrentaba a ellos, arma en mano. Humeaba la automática calibre 38, en su firme mano.

—Dejad al negro—avisó duramente—. Vamos, terminad con eso, muchachos.

—No se meta en esto—silabeó Moran—. Estamos haciendo justicia.

—Estáis cometiendo un homicidio brutal—cortó el conductor del «Porsche» amarillo—. Vamos, terminad de una vez, imbéciles.

—No, señor—masculló Hogan, desafiante—. Tendrá que matarnos, si quiere detener esto. Y eso también será un homicidio.

—Muy bien. Puesto que así se ponen las cosas, cometeré varios homicidios, si es preciso—habló serenamente el hombre de atuendo deportivo—. Todos ellos justificados.

Apretó el gatillo inesperadamente. Hogan lanzó un alarido y se llevó la mano al brazo opuesto. La sangre corrió por éste, mientras reculaba tras el impacto del balazo en su hueso.

—Es sólo un aviso—masculló fríamente—. Si es preciso, tiraré a matar.

—No podría hacerlo con todos—dijo Moran, lívido de ira.

—Pero sí con muchos de vosotros.

—Los demás le lincharíamos, ¿entiende?

—Ibais a pagarlo caro—rió entre dientes el del «Porsche» amarillo—. No queda impune un delito como el de linchar a un agente federal.

—¡Agente federal! —jadeó Pardner—. ¿Oísteis eso?

—Agente del F.B.I. Elmer West—asintió fríamente el automovilista—. Vamos, es una orden. Y oficial. Soltad al muchacho de color. Si es culpable de algo, se le juzgará legalmente. Poneos en hilera ahí, y no intentéis nada o comenzará la danza al compás de la música que yo toque. El juego ha terminado.

—No era un juego, señor—habló Moran, abatido—. Ese asqueroso negro mató a una chica esta pasada noche. La ultrajó y la asesinó... La había llevado en su camión, como a esa pelirroja que habrá visto antes...

—Si eso es cierto, se le condenará por ello. Pero nadie puede tomarse la justicia por su mano, muchachos.

—No hay pruebas. No lograremos nada.

—¿Y sin pruebas ibais a matar a un hombre?

—Sabemos que lo hizo él. Y es un sucio negro...

—Nadie puede afirmar algo así sin evidencias. Y un negro es un ser humano, como lo somos todos nosotros. El color de la piel no denota culpabilidad. Vamos, id delante de mí. Os llevaré adonde la Policía local se haga cargo de vosotros. Poned al muchacho de color en mi coche. Y que nadie intente nada. No vacilaré en disparar,

estad seguros.

Parecían estar muy seguros de eso ahora. Intimidados, silenciosos y cabizbajos, llevaron al ensangrentado, inconsciente Flower, hasta la parte posterior del «Porsche» amarillo, donde lo tendieron. Ellos iniciaron la marcha a pie. Tras de todos ellos, lo hizo el federal en su coche, muy lentamente. Por el camino recogió a Candy, que subió como sonámbula al coche. Moran y los demás la miraron con rencor, pero en silencio.

—Hubiera podido ser terrible — habló Elmer West a Candy—. Gracias a usted impedimos un crimen abominable...

Candy, ni siquiera tuvo fuerzas para responder nada.

* * *

—¿Se repondrá?

—Parece que sí, señorita Carson—afirmó Elmer West, saliendo del edificio del hospital de San Diego y poniéndose el sombrero sobre sus revueltos cabellos rebeldes—. Sufre heridas, rasguños y magulladuras, pero eso es todo. Puede darse ese muchacho por muy satisfecho de que usted me encontrase tan oportunamente...

—Fue providencial. Además, cualquier otra persona no hubiera podido afrontar la situación favorablemente. Nunca pude imaginar que encontrase allí... a un policía.

—Flower tuvo suerte, es todo—habló pensativo West, subiendo a su automóvil—. ¿La llevo a alguna parte?

—Bueno, en realidad sigo queriendo ir al campamento hippy. He venido con usted a San Diego por saber lo que le ocurría a ese muchacho...

—La llevaré. No tengo gran cosa que hacer, salvo pasearme, tomar el sol y el aire—sacudió la cabeza, sonriente, situándose ante el volante de su flamante vehículo—. Son mis primeras vacaciones en dos años.

—Y yo se las estropeé casi...

—No diga eso. Usted salvó una vida humana. ¿Le parece poco?

El coche arrancó. Se movía vertiginoso y suave sobre el asfalto. West era un gran conductor.

—Nunca imaginé a un federal con un coche de esa categoría—musitó Candy, pensativa, saliendo ya a relucir su espíritu analítico y frío de detective profesional.

—Bueno, digamos que no lo obtuve de mi sueldo—rió él. Y añadió, rápido—: Y tampoco de ningún soborno, entiéndalo bien.

—¿De qué, entonces? ¿Es rico?

—No puedo decir tanto. Mi familia tiene dinero. Y yo no soy pobre, aunque tampoco millonario. Utilizo este coche por primera vez, para mis vacaciones. Me vuelven loco los coches deportivos, señorita Carson. ¿A usted no?

—Sí, pero no puedo comprarlos.

Rodaron en silencio durante algún tiempo. Finalmente, West volvió a hablar, refiriéndose a otro tema.

—Me habló antes de una chica asesinada... ¿Quién fue?

—Es lo que oí decir. Parece que mataron a una joven que hacía auto-stop. Una chica rubia, muy atractiva...

—Cielos, no—musitó Elmer West, mirándola con estupor.

—Parece impresionado. ¿La conocía?

—La llevé ayer hasta San Diego. Me preguntó por ese mismo campamento al que va usted.

—¿De veras?

—Así es, sí. Era una muchacha pletórica de vida, muy atractiva... ¿Cómo pudo suceder?

—No sé. Parece que la ultrajaron. Luego fue asesinada. Green que lo hizo Flower, el muchacho de color, sólo porque la llevó en su camión, como a mí.

—Entonces, conforme a esa sospecha, también podría ser yo—sonrió gravemente West—. ¿Cuándo sucedió eso?

—Anoche. Flower no parecía saberlo. Tal vez la llevó al campamento hippy, y todo sucedió al marcharse él.

—Tal vez...—reflexionó Elmer West—. ¿Aun así va a ir usted a ese campamento que llaman «Campo Esotérico»?

—Exactamente. ¿Por qué no habría de hacerlo?

—Alguien de ese lugar puede ser el culpable. Y usted también es bonita, atractiva...

—Gracias—sonrió Candy, pensativa—. Procuraré recordar eso. No me fiaré de nadie, esté seguro.

—Era sólo una orientación. No sé lo que pudo suceder con la muchacha rubia. Quizá tampoco los hippies tengan nada que ver en ello...—miró a Candy con repentino interés—. Pero aquella chica era auto-stopista y tenía apariencia de convivir con hippies. Usted,

no. ¿Por qué quiere ir allá?

—Oh, simple curiosidad.

—¿Curiosidad? ¿Sólo por eso va a la ruta de National City, en busca de un poblado de gentes hippies?

—Bueno, hay un motivo—agregó ella lentamente, comprendiendo que su explicación distaba mucho de ser convincente—. Escribo sobre ellos, ¿comprende?

Había cogido por los pelos justamente la versión de la mujer desaparecida, a quien estaba buscando por California, por encargo de Ross McDaniels. Y se atribuía ella esa actividad. Era la primera idea que tuvo, y resultaba plausible.

—Vaya... ¿Es escritora?—se sorprendió él.

—Reportera—. Hago artículos sobre temas de actualidad y cosas así.

—¿Para qué revista o diario?

—Oh, una publicación de San Francisco—mintió ella fríamente—. Escribo en Younglady.

—Younglady... No la leí nunca.

—Tiene poca tirada y escasa venta—rió ella—. Pero me pagan, y es lo que cuenta.

—Sí, claro. Bien, le deseo suerte en su nuevo tema. A poco que se descuide, podría escribir un artículo de sucesos, si utiliza los demás temas que ha encontrado sin buscarlos.

—Cierto—se estremeció ella—. Pero no es esa mi especialidad.

—Sí, lo comprendo...—West estaba meditando—. Vaya vacaciones las mías... Apenas las comienzo, y ya estoy ante un buen enredo: intento de linchamiento, violación y asesinato... ¿Sabe una cosa? Ambas cuestiones son delitos federales.

—Lo sé. Pero usted no puede intervenir. Está de descanso...

—Es cierto. Aun así, me intriga todo eso. Creo que haré una visita algo desagradable a mi llegada a esa pequeña población donde la encontré... ¿Cómo diablos se llama?

—La verdad es que no lo recuerdo muy bien —sonrió Candy, consultando su mapa—. San Diego, la carretera de National City, el surtidor... Sí, aquí está. Se llama Nacimiento Sur.

—Nacimiento Sur... Extraño nombre.

—Algún derivado del viejo español tal vez... —miró curiosamente a su compañero de viaje—. Ha hablado de una visita

desagradable, ¿no? ¿Qué piensa hacer? ¿Venir conmigo a ver a los hippies?

—No, por el momento, no. Lo que voy a hacer, es visitar la Morgue de Nacimiento Sur...

* * *

El sargento Mark Bendix volvió a cubrir el cuerpo de la joven con una sábana.

—No es muy grato, ¿verdad, señor West?—indagó.

—No, no mucho—convino Elmer, pensativo, la vista fija en el bulto rígido que era el cadáver de Helga bajo la blanca tela—. Fue algo brutal, espantoso...

—Si está interesado en el asunto, puede ocuparse de él—Bendix se rascó la cabeza—. A fin de cuentas es cosa federal, ¿no es cierto?

—Yo estoy de vacaciones, sargento. Si quieren cooperación federal, llamen al F.B.I.

—Creo que el capitán Robbins va a hacerlo. El intento de linchamiento de hoy le ha asustado. Teme que no pueda controlar la situación...

—Sí, es lógico que ocurra así. ¿Los muchachos siguen encarcelados?

—Naturalmente. Sus familiares han empezado ya a reclamarles. Pronto se traerán un abogado para que les saque bajo fianza. Esos malditos locos... Pudieron haberse convertido en asesinos...

—No hubiera sido nada difícil—convino el federal—. La señorita Carson lo evitó. Yo sólo estuve allí casualmente.

Bendix miró a la joven que, junto a West, muy pálida pero serena, asistía a la visita al gélido depósito de cadáveres de Nacimiento Sur.

—Es usted muy valiente—ponderó el sargento—. Después de asistir al linchamiento, se ve con ánimos para venir aquí...

—Sí, es una jovencita muy valerosa — aceptó West, mirándola sonriente—. A mí mismo me sorprendió cuando pidió acompañarme...

—Tenía curiosidad por ver lo ocurrido a esa joven—habló Candy lentamente, señalando el cuerpo de la rubia Helga—. Ahora veo de lo que es capaz el ser humano cuando se convierte en una fiera...

—Posiblemente usted corrió igual peligro al subir con Flower al

camión—dijo Bendix—. Tendremos que investigar a ese muchacho. Walters, el cantinero, asegura también que se llevó anoche en su vehículo a la joven rubia. No transcurrió mucho tiempo después de eso, para hallarla asesinada en el bosque.

—Habló usted de una pista hippy...—saltó West repentinamente.

—Oh, cierto—Bendix se encaminó a la salida del depósito—. Sígueme, por favor. Lo tenemos en el despacho. Algo deteriorado al despegarlo del árbol, pero en buen estado para examinarlo con detalle.

Les condujo a su oficina, tan fría e inhóspita como el propio recinto de la Morgue local. Rebuscó en unos papeles. Finalmente, les tendió el negro poster con la calavera roja.

West enarcó las cejas, intrigado. Leyó en voz alta:

—«Haz la Muerte, no el Amor»...—sacudió la cabeza—. Curioso modo de entender el lema hippy... ¿Dónde estaba eso?

—Adherido al árbol más próximo al cuerpo de Candy. Un detalle horrible, ¿no?

—Horrible e incongruente.

—¿Incongruente dice?

—Se supone que actuó un sádico, un enfermo mental, el típico maniaco sexual. Bien. Eso no encaja con ese poster.

—Le entiendo lo que quiere decir. Este poster denota método—habló Candy, excitada—. Es como la firma de un asesino, o su marca de fábrica. Una violación y una muerte violenta, por simple manía sexual, no tiene nada que ver con eso.

—Exacto—miró sorprendido a la joven, como si le admirase su capacidad deductiva—. A no ser que la propia violación y la muerte brutal formen parte de ese método, porque así sea la demencia de nuestro personaje.

—Sigue sin encajar bien una cosa con otra.

—Me admira su capacidad deductiva — habló West, sin quitar sus ojos de ella.

Candy eludió la mirada, encogiéndose de hombros.

—Oh, simple lógica, creo yo. Claro que el poster pudo ponerlo otra persona que no fuese el asesino, ¿no cree?

—Entra en lo posible, aunque sea improbable —West miró ahora al sargento—. ¿Nunca hasta hoy vieron un poster semejante,

sargento?

—Nunca, señor West. Es tan nuevo para nosotros como para usted pueda serlo.

—No tiene pie de imprenta, pero indudablemente ha de existir un clisé, una imprenta donde hacer la tirada... — se inclinó, examinando la impresión—. Aunque no es muy buena que digamos su confección. Parece haberlo editado un aficionado. Quizá alguien lo imprime en su domicilio... ¿Conoce a alguien que tenga imprenta en Nacimiento Sur? Imprenta como negocio o como afición, quiero decir.

—Bueno, no hemos pensado en ello — meditó Bendix, pensativo—. Pero hay una imprenta oficial, para imprimir encargos... Está también nuestra propia imprenta de la Policía, donde editamos boletines y hacemos algún que otro encargo... Y sé de alguien más que imprime cosas, pero no puedo recordarlo. Si quiere, lo investigaré.

—Me habla como si yo llevase a mi cargo este asunto—sonrió Elmer West, con gesto risueño—. Recuerde, sargento, que no es ese el caso. Yo no me ocupo de tales cosas durante mis vacaciones. Pero si quiere un consejo desinteresado..., sí. Investigue todo eso. Haga una lista con las imprentas o máquinas de imprimir de la vecindad. Estoy seguro de que este cartel se ha impreso privadamente...

—Pero... ¿con qué objeto?—indagó Candy, perpleja.

—No sabría decírselo, señorita Carson—el federal la estudió gravemente—. Pero hasta ahora solamente ha sido visto uno... junto a un cadáver. Temo que haya más posters impresos. Porque eso podría significar muy bien que su autor espera encontrar más cadáveres a los que aplicar ese extraño cartel...

* * *

Elmer West esperó a que repostaran de gasolina su «Porsche» amarillo.

Se marchaba de Nacimiento Sur. Ya se había detenido allí demasiado tiempo. Entró en la cantina y pidió una cerveza fría. El barman le sirvió en silencio.

West miró en derredor. Le habían contado que, Helga estuvo allí la noche antes, cantando y tocando. Ahora, estaba fría, esperando la autopsia y todo eso que resulta inevitable tras una muerte violenta.

—Usted es el federal que capturó a los muchachos hoy, ¿no es cierto?—preguntó de repente Simón Walters, desde detrás del mostrador.

—Sí, exactamente—afirmó él—. ¿Conoce a esos chicos?

—Son clientes míos todo el año. También lo es Flower—sacudió la cabeza, perplejo, limpiando nerviosamente la bruñida superficie del mostrador—. No sé lo que ha ocurrido. Pero es como si, de repente, todo hubiera cambiado. Como si la gente se hubiera tornado repentinamente más cruel, más feroz, más perversa... Algo anda mal aquí, señor. Y me gustaría saber lo que es.

—¿Habitualmente es éste un lugar tranquilo?

—Nunca ocurre nada. Y mucho menos cosas así, violentas y atroces. No lo entiendo... Ese linchamiento que intentaron fue una locura. Y el crimen abominable de anoche... Pobre chica. Tan alegre, tan vital, tan hermosa...

—¿Cómo es exactamente Flower? ¿Pudo ser él quien...?

—Yo no lo creo. Pero tampoco hubiera creído, aunque me lo jurasen, que Kenneth Moran y sus amigos fuesen capaces de... de algo así. Ese chico, siempre honrado, siempre con su trabajo en la imprenta...

—¿Imprenta?—Elmer West se irguió vivamente. Derramó algo de cerveza de su lata—. ¿Ese joven trabaja en una imprenta?

—Desde luego. Creí que se lo habrían dicho. La imprenta de Ward Finlay, a la entrada del pueblo... Un muchacho incapaz de una violencia. Y de repente... todo estalla como si llevásemos el demonio dentro.

—Un momento—dijo Elmer—. Voy a utilizar el teléfono...

Fue a la cabina, en tanto Walters asentía pensativamente. Se encerró en ella. Pidió larga distancia. Poco después hablaba con Sacramento, capital del Estado de California.

—Oficina Federal—le dijeron.

—Habla West. Llamen al inspector Thorpe. Es urgente.

Poco después, su viejo amigo y superior en la oficina hablaba a lo lejos, con su peculiar voz afable:

—¡Eh, West, muchacho!—masculló—. ¿Cómo van las vacaciones?

—Un desastre—suspiró él—. Escuche esto. Apenas me vi libre de trabajo, tropecé con un intento de linchamiento a un joven negro,

una violación y un asesinato.

—¡Oh, no!—gimió Thorpe.

—Le llamo porque, en cualquier momento, el capitán Stuart Robbins, de la Policía de Nacimiento Sur, va a llamarle a usted o a otro cualquiera de esa Oficina, pidiendo ayuda federal. Creo que el asunto es demasiado serio para unos policías rurales como ellos...

—¿Qué debemos hacer, en ese caso? Tú habrás sacado ya tus propias conclusiones...

—Muy pocas, inspector. Lamento defraudarle, pero no he averiguado gran cosa. Sin embargo, le relataré mis impresiones personales hasta el momento—y lo hizo, a partir del momento en que encontré con Helga, camino de San Diego, para terminar con su charla de poco antes con Simón Walters en la cantina del puesto de aprovisionamiento.

—Entendido todo, Elmer—sonó la voz grave, pensativa, del inspector Thorpe—. He grabado todo en magnetófono. Si ese capitán Robbins me pide ayuda, tendré en cuenta tus propias experiencias directas en el asunto. Y tus consejos, como siempre. Ahora, lárgate de ese horrible lugar y olvídale todo. Recuerda que son tus vacaciones, que esperaste dos años por ellas, y que pueden pasar otros dos cuando las termines, antes de poderlas repetir.

—Eso es lo que me preocupa—gruñó Elmer.

—Seamos sinceros, muchacho. A mí no me puedes engañar. Lo que te preocupa es... Candy Carson.

—¿Cómo diablos lo supo, viejo zorro?

—Porque te conozco. La chica es bonita, inteligente... y crees que corre peligro si se queda sola en Nacimiento Sur.

—Exacto.

—Siempre el caballero andante West—rió el inspector—. Olvida todo y lárgate, o arruinarás tus vacaciones definitivamente, hijo. Olvida incluso a Candy Carson. Si, como esperas, ese capitán nos llama, enviaré allá a dos de los mejores muchachos, con el encargo de cuidar de la chica, a la vez que investigan el asunto. ¿Conforme?

—Conforme, sí—suspiró West, sacudiendo la cabeza—. Y gracias por todo, inspector. Hasta dentro de un mes...

Colgó, regresó a la cantina, apuró su cerveza, dejando su importe en el mostrador, y regresó junto al «Porsche» amarillo, ya a punto para salir de viaje nuevamente, en ruta a cualquier agradable

playa de California, donde olvidar al F.B.I. e incluso a Nacimiento Sur, a la pelirroja Candy y todo lo demás.

* * *

Candy Carson suspiró, ya frente al campamento hippy.

Había dejado atrás, aprensivamente, el lugar donde todavía se apreciaba la sangre seca de Helga, al pie de un árbol de cuyo tronco había sido arrancado con el mayor cuidado el siniestro poster. El lugar maldito quedó a sus espaldas, pero Candy no se encontró tranquila hasta detenerse ante unas vallas formadas con viejos coches, tablas y troncos, en cuya entrada decía con grandes letras desiguales, pintadas en un cartelón:

«HERMANOS HIPPIES DE TODO EL MUNDO: BIEN VENIDOS A «CAMPO ESOTERICO». RHET NIRVAL OS ACOGE AMOROSAMENTE, BAJO EL LEMA DE SU DOCTRINA HERMOSA:

AMA Y SERAS AMADO. VIVE EN PAZ Y EN PAZ SERAS CONSIDERADO. OLVIDA EL ODIO Y NO SERAS ODIADO. AMA A LAS FLORES, PORQUE ELLAS SON LUZ EN LA VIDA. AMA A TU HERMANO DE CUALQUIER COLOR, PORQUE EL COLOR NO IMPORTA ANTE EL SEÑOR.»

Teóricamente, todo era hermoso. Si se llevaba a la práctica, más hermoso aún. Pero Candy tenía sus dudas al respecto. También las había tenido, al parecer, cierta dama llamada Cynthia Harvest, desaparecida misteriosamente tras una visita a sus parientes en Isla Santa Catalina, en un fin de semana.

Cynthia buscaba algo entre los hippies. Pudo ser allí o en otro lugar de California, pero algo no marchaba bien en esos lugares, cuando Cynthia había dicho que podía revelar algo sorprendente. Y que la amenazaban para que no lo hiciera... Tal vez incluso la habían asesinado ya, para que jamás dijera nada a nadie...

Sin embargo, visto de cerca, el mundo hippy era atractivo y anárquico. Jóvenes de ambos sexos, profusión de camisas floridas,

pantalones de dril, algunos con flecos intencionadamente hechos, grandes medallones de cobre o hierro sobre el pecho, melenas largas, barbas descuidadas, mochilas, indiferencia, apatía, contemplación pasiva de una vida que les aburría porque no les gustaba.

—Hola—le saludó alguien—. Vienes muy bien arregladita, pelirroja. ¿De veras vienes por vocación o para curiosear?

Miró a la que había hablado. Era una mujer curiosa. Pelo castaño, alta, vestida solamente con un pantalón corto, color crudo, que dejaba ver sus firmes muslos bronceados, melena larga, descuidada, que cubría la mitad de su rostro, ojos claros...

—Quiero ver vuestro mundo—dijo Candy—. Y hablar con Rhet Nirval. Me busco a mí misma. Y aún no me encontré...

—¿De veras?—la otra rió desdeñosa—. Maquíllate menos, viste más cómodamente, olvida prejuicios, y serás feliz... Te encontrarás a ti misma en seguida, pelirroja. ¿Cómo te llamas?

—Candy.

—Bueno, Candy, no me mires con desconfianza —sonrió—. Aquí no acogemos a nadie hostilmente. Sólo te daba un consejo... Si quieres ver a Rhet, entra. Él recibe a todos, está para todos. Aquí no hay clases ni distinciones. Todos somos iguales. Mi nombre es Sheena. Sheena Pawels. Dicen que soy algo agresiva. No hagas caso. Es mi modo de ser, Candy.

La pelirroja detective sonrió algo forzada a la hippy, y siguió adelante, por el indescriptible mundo de los seres que amaban las flores, la paz y el amor, por encima de todo. Algunos la miraban, curiosos pero indiferentes, sin molestarla ni decirle nada. Otros la saludaban jovialmente, como si la conocieran toda la vida.

Al fondo, una edificación hecha de ladrillos, tosca y pequeña, formaba el centro del campamento, donde abundaban las tiendas de campaña y los toldos para guarecerse de la intemperie.

Supo que allí estaría Rhet Nirval, el director espiritual de los hippies de «Campo Esotérico», y allá se dirigió resueltamente.

V

Era un hombre impresionante.

Alto, muy alto. Increíblemente alto. Enjuto, de piel oscura, ojos negros, relampagueantes, expresión hermética, rasgos pronunciados, cabello rizado, ensortijado y negrísimo. Brazos muy delgados, como los de un brahamán hindú auténtico. Vestía ropajes blancos y amarillos, a la usanza budista en su corte, y nada más. Una pequeña, rizada barbita, adornaba su barbilla, bajo los labios gruesos, sensuales.

—Bienvenida a «Campo Esotérico», Candy Carson—saludó—. Si vienes con buena fe y deseando ante todo el amor, la paz y la convivencia entre todos los hermanos de la Tierra, serás desde ahora una hermana nuestra, y te ofreceremos de todo corazón nuestra mano fraterna, tendida hacia ti, para tomarla y, de ella, orientarte y guiarte por entre las sombras del mundo corrompido y violento de hoy, hacia la eterna luz de la Sabiduría, del conocimiento y la manifestación de la mente y el espíritu, por la senda sublime de la Meditación Trascendente, del amor y la fe de nuestros hermanos de buena voluntad que, como yo mismo les promulgo, deben, sobre todas las cosas, vivir, sentir intensamente la vida y huir de la violencia, el odio y la desesperación, para concentrar su esfuerzo y su existencia toda en la más limpia, noble y honesta de las aspiraciones humanas: la paz que conduce al amor, el amor que conduce a la perfección infinita del Hombre...

Candy le escuchó con aire sumiso, como si le fascinara la palabra fácil, fluida, de aquel hombre inquietante, cuyos pensamientos parecían hacerse palabras con sencillez. Se preguntó interiormente la joven detective si, realmente, no formaría todo parte de una gran farsa, y el sorprendente y cerebral Rhet Nirval, guía espiritual de los hippies de «Campo Esotérico», no sería en el fondo un simple farsante, un buen actor metido a tales menesteres

por alguna razón tan lógica como podía ser la de vivir a costa de los demás.

Si hubiera dicho aquello, en la cámara en penumbras, con olor a incienso, donde el Guía representaba su solemne papel, entre dos pebeteros y unas lámparas de aceites aromáticos, con música de fondo de un oculto magnetófono o tocadiscos, donde quizá el propio Rhavi Sankar estaba tocando alguna melodiosa pieza del folklore hindú, hubiese sonado incluso a blasfemia o herejía. Pero Candy no podía evitar el pensarlo. Nirval no la convencía en absoluto, pese a toda su labia y recursos.

—Gracias por todo, Rhet Nirval—dijo en un murmullo, sin embargo, dispuesta a ser tan excelente histrión como lo era el presunto guía espiritual—. Creo que el alma se aligera de un gran peso cuando una se enfrenta a un hombre como tú y escucha palabras tan sabias y maravillosas.

—Sin embargo, Candy, hermana Candy, no son las palabras las que cuentan en nuestra vida, sino los hechos...—se irguió, caminando pausado hacia ella, como un auténtico santón que hubiera alcanzado ya el grado perfecto del Nirvana, convertido así en sagrado elegido de Buda—. Son nuestros hechos, nuestros pensamientos, nuestra voluntad y convicción, los que han de llevarnos al estado de suma perfección... Ahora dime: ¿qué propósitos alberga tu joven corazón, y qué guió a tu mente hasta aquí? Tú no eres como los demás. No vives la vida libre y sana de quienes dejaron atrás los prejuicios y eligieron su propio mundo, su modo de vivir y comportarse. Tú perteneces, según veo por tu aspecto y tus ropas, por tus modales y tu apariencia, a esa sociedad, a ese mundo que nuestros hermanos, los hippies, desprecian y detestan. O, mejor dicho, lo que rechazan, contra todo lo que estamos luchando estérilmente quizá, en nuestro mísero mundo actual...

Candy hizo un gesto resignado y triste, como si todo aquello le llegase muy hondo.

—Rhet Nirval, no siempre somos responsables del medio ambiente que hemos elegido. No siempre podemos librarnos de yugos y cadenas heredados de nuestros padres, de una sociedad que se muere por agotamiento y por errores...—se sintió interiormente satisfecha de sí misma al oírse expresar así. Era evidente que estaba

haciéndolo muy bien.

—Los elegidos, aquellos que la luz del Más Allá ilumina ampliamente, siempre pueden elegir su camino en el valle de oscuridad de la vida—declaró solemne, altivo y teatral Rhet Nirval, irguiendo toda su formidable, enjuta talla hacia lo alto, moviendo acompasadamente los brazos, como un buen intérprete shakesperiano haría en ciertas escenas trágicas—. Candy, sólo si deseas realmente salir de tu prisión humana y vital, lo lograrás plenamente. ¿Lo deseas?

—Con toda mi alma, Rhet. Lo deseo como antes lo desearon otras personas. Mi hermana, por ejemplo, ansió siempre liberarse, ser como los elegidos por ti para ser guiados por el sendero de la luz.

—Una hermana... ¿Tienes una hermana?—musitó Rhet Nirval, mirándola fijamente.

—La tengo. Se llama Cynthia—mintió fríamente Candy—. Ignoro dónde hallarla, pero sé que halló la paz entre vosotros, que está ahora entre los hermanos hippies, y eso me hace feliz. Tal vez tú sepas de ella. Es hermosa, alta, morena, de ojos oscuros y negros cabellos. Cynthia es su nombre... Cynthia Harvest. Somos hermanas solamente de madre, ¿comprendes?

—Sí, comprendo—Candy estaba vigilando estrechamente a Nirval, pero su rostro no pareció sufrir alteración alguna ante la mirada penetrante de la detective, como si ese nombre nada le dijese. Sin embargo, Candy hubiera jurado que, por un fugaz instante, un destello extraño e intenso cruzó sus ojos relampagueantes, oscuros y escudriñadores. Añadió muy despacio, con un encogimiento de hombros—: Confíemos en que tú alcances igual fortuna que ella y estés donde ella está ahora...

Candy sintió un escalofrío, pese a que no se inmutó en apariencia.

«Estés donde está ella...»

Extrañas palabras de Nirval. ¿Acaso un oculto sarcasmo, una siniestra entonación especial a aquellos términos oscuros y vagos? ¿Dónde estaría ahora Cynthia Harvest? ¿Por qué aquel hombre hablaba precisamente de ese modo?

Posiblemente estaba imaginando cosas. Candy añadió lentamente, como estática:

—Mi hermana es diferente a mí. Le ha gustado siempre obrar a su modo, ser enigmática en sus cosas. Fingía no interesarse por los problemas de los hermanos hippies, e incluso representaba el papel de periodista, de escritora y cosas así para ser admitida entre ellos. Muchas veces pensaba que no sería admitida como convencida de las ideas de paz y de amor entre todos los hombres del mundo, y apelaba a subterfugios así. Acaso tú, Rhet Nirval, la habrás conocido, cuando buscaba su camino entre vosotros...

—Nunca se sabe qué hermanas se encuentran con uno en ese sendero—suspiró el guía espiritual de «Campo Esotérico»—. Nunca se sabe quién es quién, ni interesa tampoco saberlo. Lo que cuentan son sus intenciones, su voluntad, su fe. ¿De verdad sigues deseando pertenecer a nuestra comunidad fraterna, Candy Carson?

—Por eso estoy aquí. Para que me guíes y conduzcas.

—Bien... Vuelve esta noche, entonces. Te dedicaré todo mi tiempo a iniciarte en el verdadero camino. Ahora no podría hacerlo. Me esperan los demás hermanos. Tengo una conferencia de Meditación Trascendente para ellos. Si quieres quedarte, hazlo. Pero a ti sola, hasta esta noche no podré dedicarte dos horas de mi tiempo...

—Gracias, Rhet Nirval—ella se puso en pie lentamente—. Volveré esta noche, a la hora que tú digas...

—Las ocho—susurró Rhet Nirval—. Hasta entonces, ve con Dios, con tu paz interna, y que el espíritu del Mal no destruya tus buenos deseos, hermana Candy.

Estrechó su mano larga, apretadamente. Candy sintió su piel basta, sudorosa y fría. Le desagradó el contacto. Se retiró lentamente, convencida de dos cosas: Rhet Nirval recordaba a Cynthia. Rhet Nirval sospechaba de ella y de sus buenos deseos de ser su discípula...

Al salir, observó que los hippies, sin distinción de sexo, se reunían en un claro, formando cerco alrededor de una especie de plataforma donde estaban instalando los pebeteros humeantes.

Rhet Nirval, el Guía, iba a iniciar su conferencia para todos. ¿Convencido, santón... o un vividor que utilizaba trucos esotéricos para sacar algo de provecho a aquella situación?

A Candy le hubiera gustado tener una respuesta, pero no la halló. No por el momento...

Se cruzó otra vez con la hermosa, arrogante hippy de antes. Sheena Pawels le sonrió, distraída, haciendo unos contoneos burlones.

—¿Viste al Guía de todos nosotros, Candy?—preguntó con voz irónica.

—Le vi, es cierto.

—¿Y bien...?

—Bien..., ¿qué?

—¿Qué impresión sacaste, preciosa?

—Es un hombre maravilloso—eludió Candy—. Impresiona.

—Estoy segura de que no has venido a impresionarte con él —frunció el ceño la hippy—. ¿Qué mil diablos haces aquí?

—Tratar de encontrar mi camino. Rhet Nirval lo sabe.

—Sí, él sabe muchas cosas—Sheena la contempló, muy fija—. Si has mentido, si trataste de engañarle..., también lo sabrá, no te quepa duda... Ahora, te dejo. Voy a escuchar la conferencia.

—Nos veremos, Sheena. Volveré esta noche.

—¿Esta noche?—Sheena la estudió, perpleja.

—Rhet me concede una entrevista de iniciación.

—Vaya... ¿Conque es eso?—Sheena Pawels meneó la cabeza lentamente, iniciando la marcha, para reunirse con los demás en el claro—. Hazme caso, Candy. Es mejor que no vuelvas.

—¿Qué?

—Que no vengas esta noche. Que te largues para siempre, ¿entendiste?—y sin esperar su respuesta ni volverle el rostro, se alejó de ella, indiferente, cansina, como lánguida.

Candy se quedó pensativa. Miró alrededor. Nadie parecía haber escuchado la conversación. Instintivamente, clavó sus ojos en el edificio levantado para habitarlo el Guía.

Le vio allí. La estaba mirando, muy fijo, desde el umbral. Luego, los oscuros y fulgurantes ojos del Guía fueron a fijarse en Sheena Pawels, que se acomodaba entre los demás.

Candy juzgó que quizá tenía demasiada imaginación. Pero pensó que aquella mirada del hombre de la Meditación Trascendente estaba cuajada de malevolencia, de perversidad..., quizá de aquello que tanto aparentaba combatir el Guía: odio.

Odio a algo. O a alguien...

Caminó hacia la salida del campamento, sin que nadie le

prestara atención alguna. Cuando comenzó a oírse la voz enfática de Rhet Nirval, ella aún no estaba lo suficientemente lejos del campamento, y pudo captar algunas frases, de las que el guía espiritual de los hippies parecía tener estereotipadas para toda ocasión como aquella:

—Hermanos queridos en la paz y en el espíritu de la perfección suprema... Hermanos que lucháis contra la intolerancia, el odio y la violencia con todas las fuerzas de vuestras mentes, iluminadas por la Meditación Trascendente...

Poco a poco la voz se fue apagando en la distancia. Candy avanzó por entre la espesura. Se detuvo nuevamente cerca de donde cayera ella, la rubia Helga. Miró al suelo, donde un tono oscuro ensuciaba las hierbas. Residuos de sangre de una mujer asesinada...

Levantó lentamente los ojos hacia el árbol. Dominó difícilmente un vivo, agudo grito de terror, de inquietud y de angustia.

El tronco, antes desnudo, ofrecía ahora, nuevamente, la presencia del horrible poster de fondo negro, con la roja calavera y la repugnante inscripción:

«Haz la Muerte, no el Amor»...

* * *

Redujo la velocidad al pasar por aquella zona.

Fue algo instintivo, quizá porque recordó las cosas desagradables que últimamente habían ocurrido allí. El «Porsche» amarillo rodó mansamente, pegado a la cuneta.

Por fin, Elmer West había elegido el camino hacia el Sur, hacia la frontera de California con Méjico, para iniciar sus vacaciones de una vez por todas. Y en aquel camino estaba precisamente la zona del campamento hippy, el escenario del horror en dos actos vivido recientemente por los habitantes de Nacimiento Sur: el asesinato de Helga y el intento de linchamiento de Flower...

Dejó que el coche deportivo, el bólido que podía volar virtualmente sobre el asfalto, rodase despacio. Meditaba, entretanto. Le hubiera gustado saber que todo iba a ir bien en lo sucesivo, allí en Nacimiento Sur. Por Candy, especialmente.

Candy...

West reflexionó sobre ello. Y muy en especial sobre ella.

Curiosa criatura Candy. No creía en absoluto que fuese lo que

decía. Había algo raro en Candy, y le hubiera gustado saber qué era... Algo que le inquietaba profundamente, porque sabía que una mujer sola, joven y atractiva, en un lugar donde era indudable que existía un maníaco sexual, no parecía gozar precisamente de seguridad absoluta, ni mucho menos.

El federal suspiró, encogiéndose de hombros.

Allá ella. No podía hacer nada en su beneficio. Era asunto de Candy misma. Y los asuntos de él se limitaban a una sola cosa en la actualidad: vacaciones.

Pese a todo, no podía olvidar ciertos detalles. Los posters, por ejemplo. Aparte la imprenta de la Policía local, parecía haber pocos negocios de esos en Nacimiento Sur. Y en uno de ellos trabajaba aquel joven, el fracasado linchador Kenneth Moran...

Sacudió la cabeza. Era mejor no pensar ya en nada de ello y ocuparse solamente de sí mismo y de sus cosas, dejando todo lo demás. No era su asunto. Si el capitán Robbins quería recurrir al F.B.I. porque el caso le venía grande, el F.B.I. enviaría gente idónea allá. El, Elmer West, no constituía por sí solo el F.B.I., ciertamente.

Olvidó todo eso cuando pisó el acelerador. Ya arrancaba con rapidez. Pero bruscamente metió otra vez el freno y lanzó una violenta imprecación. El «Porsche» maulló, adhiriéndose materialmente al asfalto.

Elmer West caminó con dos zancadas, saltando por la baja portezuela cerrada de su deportivo modelo, hasta el grupo de árboles de delgado tronco que se alzaban junto a la ruta. El sol de la tarde jugueteaba en dorados y ocre sobre su hojarasca amarilla. Crujieron los ramajes y hojas bajo los pies de Elmer, al caminar hacia uno de los árboles, concretamente.

Sí, estaba en lo cierto. Su vista, desde el volante del «Porsche», no le había engañado.

Era un poster.

El poster de la muerte. El cartel sicodélico del crimen, con su roja calavera y su tétrica inscripción sobre fondo negro...

Lo contempló, fascinado. Alguien estaba jugando siniestramente a poner cartelitos de aquellos en los lugares, aunque no hubiese crimen alguno...

¿O... Sí había crimen?

Elmer West se estremeció de súbito al pensar en semejante

posibilidad. Instintivamente hundió la mano en el bolsillo de su americana de sport. Oprimió la fría culata de su arma. Escudriñó en torno, desconfiado, entre arbustos y macizos de ramajes. No vio nada especial.

Caminó despacio, muy despacio, vigilando cualquier lugar por donde pudiera llegar un ataque imprevisto. En una de las ocasiones, se detuvo en seco, creyendo haber captado un roce de pies humanos en algún ramaje. Pero el ruido no se repitió, si es que se había producido realmente.

West rodeó un grupo de arbustos frondosos, extremando las precauciones. Se detuvo súbitamente, con su mano armada por delante.

No hacía falta manejar el arma ante los muertos. No precisaba disparar contra nadie. Todo había sido un movimiento instintivo, y nada más.

Porque ella... estaba muerta.

Muerta sobre un charco de sangre. Horriblemente destrozada, igual que si un tigre hubiera escapado de una hipotética jaula, para desgarrar y destrozarse lo que hallase a su paso.

La mujer reflejaba aún en su rostro el intenso, mudo horror de la muerte. Era evidente que se fue del mundo llena de pánico, de incredulidad, de angustia y desesperada impotencia para evitar lo inevitable.

Las piernas bronceadas parecían desnudas, bajo la falda desgarrada. La sangre de una especie de brutales zarpazos, manchaba su ropa interior, rasgada, lo mismo que sus prendas externas. Incluso su oscuro cabello y su rostro bronceado por el sol de las playas, aparecían salpicados de un rojo oscuro y feo.

La habían ultrajado ferozmente. Luego la habían degollado, quizá con una navaja de afeitar o un cuchillo carnicero, a juzgar por la profundidad y longitud del horrible tajo...

VI

—¿Cómo? ¿Ha vuelto?

—Sí, sargento. He vuelto...

El sargento Mark Bendix le contempló con sorpresa. Meneó la cabeza.

—Walters me dijo que se iba usted del lugar... Eh, está algo pálido, ¿no?

—No me sorprende—jadeó West, apoyándose en una silla, pensativo—. Venga conmigo, por favor. Es urgente.

—¿Qué sucede ahora?—se inquietó el policía.

—Hay otra víctima...

—¿Otra?—pegó un respingo, enrojeciendo intensamente—. Oh, cielos, no...

—En el borde de la carretera, no lejos de donde ocurrió lo anterior. No más de media milla, ciertamente...

—¿Qué... qué ha sido esta vez?—masculló Bendix, poniéndose rápidamente una gorra de su uniforme y vacilando, antes de tomar resueltamente un rifle.

—Otra muchacha. Morena y muy hermosa. La degollaron. Antes fue ultrajada también.

—Diablo, no puede ser... Es como una pesadilla...

—Sí, pero no estamos soñando, sargento. Es real. Está sucediendo.

—¿Qué es lo que está sucediendo?

Ambos se volvieron. West no pudo evitar un estremecimiento, por asociación de ideas. De una habitación contigua a la oficina del cuartel de Policía de Nacimiento Sur, había surgido el fornido capitán Robbins, en camiseta, cubierto el rostro de jabón a medias, y con una navaja barbera en su mano. Dos cortes, en el punto ya afeitado de la faz de Robbins, goteaban algo de sangre. Ambas cosas, la hoja de acero y la sangre, le hicieron evocar

inmediatamente la horrible escena del bosque.

—Capitán, se han repetido los hechos—gimió el sargento—. Otra víctima...

—¡No!—aulló el capitán, que se disponía a continuar el afeitado mecánicamente. Y se cortó de nuevo, brotando sangre. Con una imprecación soltó la navaja y se contempló con ira las gotas de sangre que habían salpicado su camiseta, uniéndose a otras de los cortes anteriores. Secó con rapidez el jabón, y no se ocupó de los arañazos del acero, tirando la toalla a una mesa—. West, dígame que eso no es cierto...

—Desgraciadamente, es cierto. Acabo de dejar el cuerpo donde lo hallé. No conozco a la chica, pero era joven. Y muy atractiva...

—Acabaré volviéndome loco—masculó el capitán de Policía, tomando la guerrera caqui de la Policía rural, que abotonó malhumorado—. Usted quédese aquí, sargento. Yo iré con el señor West a ese lugar. Telefonee a la ambulancia y al hospital de San Diego. Llame al médico forense y a los demás.

—Sí, capitán.

—Luego, seguramente tendrá que llamar a Sacramento—masculó Robbins, con el rostro nublado, tomando su gorra del uniforme y aplicándose el correa y su pistolera, antes de dirigirse a la salida—. Informaremos al F.B.I. oficialmente. Y pediremos su intervención. Esto no es ya un asunto para nosotros, sargento...

Salieron de la oficina. El capitán se dirigía a su coche, modelo ranger. El federal señaló hacia el «Porsche» amarillo.

—Creo que será mejor ir con el mío—habló—. Es más rápido.

—Sí, vamos—aceptó abruptamente Robbins.

Hicieron parte del viaje en silencio. Era evidente que el capitán estaba furioso, malhumorado y lleno de preocupaciones. Sólo antes de llegar al punto previsto, giró la cabeza hacia West y le miró fijamente.

—Debe creer que este lugar es un infierno de maníacos—dijo con hosquedad.

—Es un lugar como otro cualquiera, capitán —respondió plácidamente West—. No se puede acusar a una comunidad entera de lo que haga uno de sus miembros.

—Está también lo de Flower... Ese linchamiento hubiera sido un horror.

—Todo es un horror—convino West—. Se evitó el linchamiento. Ahora me pregunto qué sucederá con el nuevo crimen. Ya revela claramente la presencia de un maníaco sexual muy peligroso. Ataca a mujeres solas, en el bosque...

—Son ellos, estoy seguro.

—¿Ellos?—miró West, sorprendido, a su compañero de viaje—. ¿Quiénes?

—Los melenudos, los sucios barbudos...

—¿Los hippies?

—Sí, ellos. Estuve seguro siempre. Hay alguno que no está bien —se tocó la cabeza, significativo—. Hasta que ellos llegaron, aquí no había ocurrido nunca nada. Esta comunidad vivía en paz. Y de repente... ese infierno.

—¿Cuánto hace que está aquí ese «Campo Esotérico», capitán?

—Unos tres meses.

—¿Ocurrió algo durante esos meses?

—No, no creo tampoco que sucediera nada anormal... Robos, peleas, cosas así. Lo normal. Yo sufrí un accidente de coche y se ocupó de todo el sargento durante un mes largo. Afortunadamente, fue poca cosa y volví a la tarea. Durante mi ausencia, puedo garantizarle que el sargento no había tenido problemas. Eso le demostrará lo fácil que es ser policía aquí. O que era, naturalmente...

—Entonces, hará bien en avisar al F.B.I. oficialmente—aconsejó West—. No creo que ustedes tengan aquí suficiente experiencia para afrontar un asunto tan grave, capitán. No trato de discutir su capacidad, sino únicamente su experiencia y su costumbre de...

—No tiene que explicarme nada—suspiró el capitán Stuart Robbins—. Tiene toda la razón, West. Voy a pedir colaboración federal. ¿Usted no se queda?

—No estoy oficialmente aquí. Me hallo de vacaciones, capitán. Si me quedase, perdería mis días de descanso. Yo estoy metido en cosas así todo el año, y créame que uno lo último que desearía es salir de vacaciones... y encontrarse en un lío semejante.

Habían llegado al lugar del crimen. West bajó del coche por un lado y Robbins lo hizo por otro. Penetraron en el bosquecillo, acercándose al cuerpo que West había cubierto piadosamente con una de sus mantas de viaje. Robbins se puso de rodillas. Alzó la

manta y contempló el cuerpo en silencio.

Cuando se incorporó estaba lívido, le temblaba el labio inferior y tuvo que apoyarse en un árbol, antes de poder hablar a West en un hilo de voz:

—Dios mío...—musitó—. Es como si la hubiera destrozado un puma...

—Algo así pensé yo—convino West, frotándose el mentón, tras mirar de nuevo a la joven asesinada. Luego, señaló—: Espere un momento...

Se inclinó. Tomó algo del suelo. Robbins se inclinó también, preguntando con avidez:

—¿Qué? ¿Alguna pista?

—Desgraciadamente, no. Sólo un trozo de pulsera de plata. Era de ella, no hay duda. Mire, tiene un nombre grabado...

Se lo mostró al capitán Robbins. En una chapita de plata bruñida se leía:

«CYINTHIA».

* * *

—¡Cynthia!

—Eso dije: Cynthia. ¿Qué significa ese nombre para usted, Candy? Se ha puesto pálida...

Candy Carson apretó los labios, dominando su emoción. Dejó nuevamente el trozo de pulsera de identificación sobre la mesa de la oficina policial de Nacimiento Sur. Contempló al sargento Bendix, que tecleaba a máquina un informe; al capitán Robbins, que hablaba excitadamente por teléfono a larga distancia. Finalmente, se fijó de nuevo en Elmer West, que parecía aguardar su respuesta.

—Conocí a una chica llamada Cynthia—dijo—. Es todo...

—¿Es la misma?

—No... no sé. Ni siquiera he visto el cadáver. Usted me hizo venir aquí, al verme deambular cerca del pueblo, sin más explicaciones—consultó su reloj, y miró pensativa hacia la luz más difusa de la tarde—. Son ya las siete, y debo hacer varias cosas...

—Hará lo que sea, menos pasear por el bosque a solas—avisó roncamente el federal—. Ya ha visto lo ocurrido: dos mujeres solas, asesinadas en descampado. Es evidente que nuestro criminal busca esos parajes para atacar a las damas.

—¿Se siente ahora mi niñera?—se irritó Candy—. Me sé proteger sola.

—Seguramente ellas pensaban lo mismo. Helga era una muchacha independiente, solitaria y decidida. Cynthia, tiene aspecto de haber sido también una mujer capaz de valerse por sí misma. Sin embargo..., ya ve.

—Creí que usted se había marchado de este lugar ya.

—Me hubiera marchado, de no tropezar con otro cadáver.

—Usted dijo que no era asunto suyo.

—Tal vez empiece a serlo. No me gusta que alguien ande suelto por ahí, violando mujeres y asesinándolas después. El maníaco debe ser aprehendido, cueste lo que cueste.

—Bien, pues le deseo suerte en su tarea, si continúa aquí. ¿Puedo irme ya?

—No, no puede irse. Va a tener que ver el cadáver.

—¿Yo? ¿Por qué?

—Posiblemente lo identifique. Conoce a una Cynthia. Como usted dijo, puede ser la misma.

—Es difícil. No me gusta ver tanto cuerpo sin vida, West. Sobre todo en esas circunstancias.

—Creí que era muy valiente y decidida. ¿Empieza a asustarse?

—Yo no me asusto nunca—manifestó ella, rotunda.

—¿Por qué? ¿A qué se dedica exactamente? ¿Qué hace aquí?

—Ya una vez le contesté a eso, West. ¿Por qué insiste en preguntármelo?

—Posiblemente, porque sé que me ha mentido, y quiero conocer la verdad, sea la que sea.

—No le mentí. De modo que sus preguntas no vienen a cuento.

—Estoy seguro de que me oculta algo. ¿Por qué no coopera? ¿Qué es lo que teme, para no ser sincera?

—Su interrogatorio, West, empieza a molestarme—se puso en pie—. Si no va a acusarme de algo, será mejor que me deje marchar.

West la miró fijamente, con enfado. Hizo un gesto, señalándole la salida. En ese momento, Robbins le llamó desde el teléfono.

—Para usted, West. Es de su oficina en Sacramento... Les dije que estaba usted aquí y quieren explicarle algo.

—Gracias — tomó Elmer el teléfono. Escuchó algo que le decía

Clemens Thorpe, el inspector federal. Asintió, devolviendo el teléfono a Robbins, tras un comentario en voz baja.

Candy Carson estaba ya en la salida, de espaldas a él. West la miró, ceñudo, y disparó su pregunta:

—Conque detective privado, ¿eh, Candy?

Ella se volvió con un respingo. Le miró, sobresaltada.

—¿Cómo lo supo?—replicó, hostil.

—No era difícil. Antes llamé a mi oficina, pidiendo datos de una tal Candy Carson. Los obtuvieron fácilmente. Los Ángeles tiene una joven Candy Carson, pelirroja, en su censo de detectives privados. Fácil, ¿no?

—¿Por qué pierde su tiempo en eso? Es el asesino el que importa, no yo.

—Si hubiera cooperado desde un principio, no necesitaría perder el tiempo—habló crudamente Elmer—. ¿Va a colaborar ahora o no?

—Posiblemente no pueda. Ética profesional, comprenda.

—Comprendo. El cliente, el secreto profesional y todo eso.

—Desde luego. Si traiciono a un cliente, ¿quién confiará ya en mí?

—Y si no coopera, haré que le quiten la licencia. Elija, Candy.

—¿Me amenaza?

—No sea terca. Sabe que la aprecio y deseo protegerla. Siempre supe que me mentía, que es usted una chica muy decidida y que traía alguna misión concreta al venir aquí. Detective privado... Nunca vi uno con más sexy.

—Gracias—sonó seca la voz de ella—. ¿A qué le llama cooperación, West?

—Tiene que decirme lo que vino a buscar. Y de qué conoce a una tal Cynthia.

—Eso forma parte del secreto profesional.

—Ya volvemos a lo mismo...—masculló el federal. Se inclinó hacia ella—. Escuche, Candy. Necesitamos poner todas nuestras fuerzas a contribución de este juego sangriento. Usted vino aquí porque algún cliente le encargó que se ocupase de algún asunto. Usted está investigando por su cuenta algo que yo ignoro, y que no me preocuparía en absoluto, si no fuese relacionado con esos crímenes.

—Puede no estar relacionado.

—Puede que no. Pero me sorprende que un lugar apacible como éste, se llene de pronto de sucesos extraños, de detectives privados, de crímenes y de todo eso. Apuesto doble contra sencillo a que su caso se relaciona con lo que ocurre en estos momentos aquí. Además, juraría que esa Cynthia tiene relación también.

Candy estudió a West pensativamente. Parecía meditar algo trascendente. Al final pidió con resolución:

—Vamos a ver el cadáver, por favor. He cambiado de idea.

* * *

—Sí. Era ella.

—¿Cynthia?

—Eso es. Cynthia Harvest.

—Cynthia Harvest... ¿Quién era ella, exactamente?

—Una mujer rica. Aficionada a escribir. Reportajes y cosas así.

—¿De ahí sacó usted su mentira?

—Eso es—sonrió tristemente Candy, apartándose del depósito de cadáveres, junto a Elmer West. Un cliente me encargó que diera con ella donde fuese.

—Bueno, pues ya dio con ella. Asunto terminado, ¿no?

—Imagino que sí—suspiró Candy—. Solo que él no esperará este final.

—Eso no es culpa suya. Usted encontró a Cynthia. ¿Me contará todo?

—Sí, voy a hacerlo, West—afirmó resueltamente ella—. Aunque todo esto me haga perder bastante dinero..., creo que, como usted dice, hay que cooperar.

Candy Carson relató a West toda la historia. El federal la escuchó en silencio, tomando algunos apuntes rápidos en su agenda. Al terminar la joven detective su relato, ambos se miraron largamente, en silencio. Se había suavizado la expresión de Elmer. También la de ella.

—¿Qué le parece el asunto?—indagó ella, ante su silencio.

—No sé... Algo se cruza en todo esto. Ross McDaniels es el típico hombre rico encaprichado de una mujer de mundo. Si su esposa descubre el juego, habría un escándalo. En cuanto a ella, Cynthia Harvest, era una mujer decidida a llegar al lugar donde se proponía, por encima de todo. Es obvio que descubrió algo

interesante, investigó y llegó a conclusiones definitivas. Quiso probar alguna cosa, y eso le costó amenazas. Finalmente la mataron.

—Pero entonces no hay asesino sexual, ni loco homicida.

—Por eso digo que algo se cruza y me confunde. Un asesinato a sangre fría es otra cosa. A ella la hubieran matado de otro modo, sin existir violencia previa, si fuese víctima de las personas que la amenazaron anteriormente. Y Helga no significaría nada en esto.

—Ni los posters.

—Bueno, ni los posters—convino Elmer, frotándose el mentón—. Usted ha dicho que Cynthia buscaba algo relacionado con los hippies...

—Exacto.

—Bien. Habrá que visitar ese campamento.

—Ya lo hice.

—¿Usted?—se asombró West—. ¿Sola?

—Sola. Vi a Rhet Nirval—le contó su visita a «Campo Esotérico»—. Saqué la conclusión de que es un pillo muy inteligente. Vive de algo que encubre con su Meditación Trascendente y todo eso. Me gustaría saber lo que es.

—Tal vez es lo mismo que buscaba ella, Cynthia Harvest—señaló Elmer West—. No debió ir sola allí. ¿Le preguntó acaso por Cynthia?

—Indirectamente, y en cierto modo. Es posible que captara mi idea. Tuve esa impresión, la verdad.

—Entonces, puede estar en peligro, si los motivos por los que murió Cynthia se relacionan con los hippies. De cualquier modo que sea, algo está ya claro: Cynthia tenía aquí el asunto que andaba buscando. Usted descubrió eso, al relatarme la historia y encontrar nosotros su cadáver. De modo que algo anormal sucede en ese campamento, y vamos a saber en seguida lo que ello sea.

—¿Cómo, West?

—Usted me ha dicho que la espera Rhet a las ocho. Bien. Irá allá. Pero no va a ir sola.

—A usted no le querrá ver. Y si le ve, de todos modos, no se delatará a sí mismo. Ya le dije que me pareció sumamente listo.

—No importa. Usted haga lo que le digo. Asista a la reunión. De lo demás me ocupo yo.

—Está bien...—suspiró ella—. Si usted lo dice... En realidad, pensaba ir sola ahora, de todos modos. Sabiendo que usted está al tanto de mis movimientos, creo que me sentiré más tranquila.

—Procure estar alerta, de todos modos—advirtió Elmer—. Yo no estaré lejos. Sin embargo, conviene no confiarse demasiado...

—Lo tendré en cuenta, West.

Elmer se puso en pie, despidiéndose de Candy con una sonrisa. Ella salió del despacho. El capitán Robbins y el sargento Bendix le miraron, sorprendidos.

—¿Cómo piensa ir allí? Ellos no darán un paso en falso en cuanto le vean. Ya deben saber que es un policía federal.

—Claro que deben saberlo—rió West—. Pero no van a relacionarme para nada con la persona que entre esta noche en el campamento, cuando Candy esté dentro...

Y su sonrisa se amplió enigmáticamente.

VII

—Bien venida, mi dulce y bella hermana...

—Bien hallado, Rhet Nirval, Maestro de la Luz...

Sus manos se rozaron. Él, solemne, se acomodó entre pebeteros. Candy lo hizo ante él, sobre unos cojines. Ambos quedaron mirándose.

—Candy, hermana, ¿sigues deseando penetrar en el mundo misterioso del espíritu y la mente, donde todo es posible a la persona que trata de elevarse sobre las miserias terrenas?

—Realmente lo deseo y lo anhelo, mi Guía.

—Bien. Entonces, relaja tu cuerpo. No pienses en nada. Deja en blanco tu mente y espera a que yo, tu Guía, te introduzca por vez primera en la maravilla de la luz mental, de la Verdad de una existencia mejor y más noble... No pienses, no pienses en nada... Déjate guiar hacia la luz... Déjate...

La miraba profundamente. Algo en su pecho parpadeaba con luz, en un destello intermitente, regular. Era una especie de medalla sorprendentemente bruñida, que recogía y reflejaba la luz de unas lámparas, proyectando esa claridad hacia los ojos fijos de Candy.

Ella trató de fingir que se entregaba, pero manteniéndose despierta, dueña de sí y en guardia. No le fue posible. Su mente, pese a cuanto se esforzaba, iba envolviéndose en un mundo de brumas, se quedaba en blanco, y solamente brillaban, en la oscuridad, los ojos negros, profundos, dominantes, de Rhet Nirval.

—Descansa... Relaja tu cuerpo... Reposa... Abandónate... Yo te guío. Yo te guío...

Insistente, monocorde, la voz de Nirval y los reflejos iban penetrando paulatinamente en un cerebro vacío, dominado, dócil, entregado al dominador...

Por fin, Rhet hizo unos pases con sus largos brazos, se inclinó sobre ella, le estudió profundamente, muy de cerca. Su voz fue un

murmullo:

—Candy... Candy Carson, ¿me escuchas? ¿Oyes mi voz?

—Sí, Maestro...—susurró ella, en trance hipnótico ya. Entregada y dócil.

—¿Vas a responder a tu Maestro con la verdad?

—Sí...

—¿Eres realmente Candy Carson?

—Sí...

—¿Quién eres? ¿Qué haces aquí?

—Soy detective privado. Busco a Cynthia.

—¿Cynthia Harvest?

—Sí, a ella...

—¿Quién te envía?

—Ross McDaniels. Él me envía a por Cynthia.

—¿Qué sabes de Cynthia Harvest, Candy Carson?

—Sé que escribía algo... Que sabía algo sobre los hippies. Algo escandaloso, delictivo quizá...

—¿Y qué sabes de mí, de tu Maestro, Rhet Nirval?

—Nada sé. Pero sospecho...

—¿Qué sospechas?

—Eres tú, Rhet Nirval. Tú eres el hombre a quien ella buscaba. Algo ocultas. No creo que seas lo que dices. Te burlas de esta gente, los hippies creen en ti y te obedecen. Les engañas. Algo haces aquí... en tu beneficio. Lo sé.

—Pareces haber ido lejos en tus deducciones, Candy—rió Nirval, despectivo, pero con una fulgurante mirada de cólera—. De modo que querías hacerte hippy y todo eso, ¿eh? Siempre sospeché que ocultabas algo... Vas a obedecerme ahora en todo, ¿entiendes? En todo lo que yo te diga, Candy Carson.

—En todo lo que tú me digas, sí.

—Vas a tomar la droga sicodélica que yo te dé ahora. La tomarás y te gustará. Sus efectos te maravillarán... Luego, tú llevarás esa droga a otros. Primero la regalarás, como yo te la regalo a ti. Y después la cobrarás. Más cara cada vez. Vendrás aquí a por la droga. La recibirás de mí y la repartirás, sin saber que lo haces, porque será bajo mi poder. ¿Entiendes, Candy?

—Entendí, sí... Lo haré, Maestro.

—Bien. Así, como tantas otras personas de este campamento,

serás distribuidora de la droga sin saberlo... Y me entregarás el dinero lealmente. A mí todo.

—A ti todo, sí...

Rhet sonrió satisfecho. Fue al pebetero de la derecha. Removió sus cenizas y extrajo algo: un frasco diminuto, de metal. Lo destapó. Echó polvos blancos en un papel y lo acercó a los labios de Candy.

—Ingiere eso—susurró, autoritario—. Y ya nunca lo dejarás...

—Y ya nunca lo dejaré...

Candy abrió la boca. La droga iba a caer en su boca...

* * *

—Un movimiento más, Rhet Nirval, y te juegas tu vida.

El Maestro lanzó una imprecación. Arrojó de sus manos el polvo blanco, que revoloteó en el aire. Se revolvió hacia la puerta, hundiendo su mano entre las ropas.

Hubo un disparo seco, restallante. De entre las ropas de budista de Nirval, brotó su mano sangrante y cayó al suelo un chato revólver. Un obsceno juramento escapó de labios del falso Guía.

—Te lo advertí, Rhet Nirval. Ni un movimiento. La próxima vez tiraré a matar—apareció, junto a él, caminando rápido desde la entrada, un hombre de largas melenas, barba frondosa, gafas negras redondas, a lo John Lennon, y estridentes ropas floreadas, con abundantes collares y medallas colgando.

—¿Quién... quién eres tú, maldito seas?—masculló Nirval.

—Elmer West, del F.B.I.—explicó el falso hippy—. Vigilé todo esta noche, metido entre tus fieles seguidores. Imaginaba algo así. Hipnosis, drogas que primero haces probar para crear adictos, y luego vendes abusivamente, con el truco de que son sicodélicas, como el peyote o el LSD... Muy ingenioso y muy productivo, ¿verdad, Rhet? Se terminó tu juego. Despierta a esa chica y hazla recuperar la normalidad, en seguida.

—¿Y si me niego?

—Te mato aquí mismo, como a un perro. ¡Vamos, obedece!

Le metió el cañón del arma en el estómago Nirval observó que bajo los afeites de su disfraz el gesto de West era duro, implacable, y sintió miedo. Decididamente avanzó hacia Candy.

Y comenzó a sacarla del trance en que se hallaba.

—Confieso que el éxito fue suyo, West... Cielos, si llego a ir sola...

—Con toda su astucia, hubiera caído, porque ese incienso facilitaba las cosas, adormeciendo sus sentidos, y Nirval es un buen hipnotizador—habló West sonriendo, en tanto conducía el «Porsche» amarillo, de regreso a Nacimiento Sur.

—¿No sospechó nadie de su disfraz, West?

—Nadie — rió Elmer—. Parecía un auténtico hippy.

—¿Cómo podré agradecerle lo que hizo por mí? .Hubiera sido una esclavizada de las drogas, de ese hombre...

—Olvídelo. Ya le dije que pese a su habilidad y valor, las cosas son difíciles a veces para una mujer sola. Y no soy clasista en eso. Una chica puede ser un gran detective, pero hay fuerzas contra las que no puede luchar...

—¿Qué va a ocurrirles ahora?

—Se va a disolver el campamento, y Rhet Nirval va a prisión por tráfico de drogas. Eso también es delito federal. Cynthia hubiera armado un buen revuelo si llega a probar la culpabilidad de Nirval en el asunto, como quería ella.

—Pero no pudo lograrlo.

—No, no pudo. Creo que Nirval la descubrió e hizo con ella como con usted. La hipnotizó e hizo adicta a las drogas. De ahí su silencio.

—¿Y luego la mató?

—Matarla...—West meneó la cabeza, vacilante—. No, no creo que eso lo hiciera Rhet Nirval, sinceramente. No encaja en su modo de ser, es evidente.

—Pero..., ¿quién, entonces?

—Candy, me temo que estamos ante dos asuntos que se mezclan y confunden.

—¿Dos asuntos?

—Eso dije. Uno de ellos, el del falso Guía Sicodélico y todo eso. Otro, el de los crímenes sexuales en Nacimiento Sur. Había un granuja, Nirval. Hay un asesino. Y me gustaría saber quién es...

Se detuvieron a la altura del puesto de gasolina. West miró, ceñudo, hacia el bar de Walters. Observó que había mucha gente dentro.

—Algo ocurre ahí—habló West—. Veamos lo que es, Candy...

Detuvieron el «Porsche» y descendieron, entrando en el local de los Walters.

Había un denso murmullo de conversaciones, que se apagó inmediatamente al entrar él. West observó que estaban allí todos los jóvenes linchadores del día anterior, puestos en libertad bajo fianza. Walters dirigió una mirada a los jóvenes, otra especial a Elmer, y no comentó nada, poniéndose a limpiar vasos. Su mujer estaba en la cocina, preparando algo.

—Dos martinis, Walters—pidió West, sentándose a la barra, junto a con Candy, tras una ojeada de interés a todos los que le rodeaban en el local, y que rehuyeron su mirada instintivamente. Hogan, con su mano vendada, se volvió de espaldas.

—Señor West, creí que se había ausentado usted de este lugar ya...

—No, Walters. Aún hay cosas que hacer—sonrió Elmer—. Acabamos de arrestar a Rhet Nirval.

—¿Al Profeta Sicodélico?—se asombró Walters. Y todos giraron la cabeza, sorprendidos—. Cielos. ¿Por qué motivo?

—Drogas. Vendía narcóticos, e iniciaba a la gente en su uso por medio de hipnosis. Era un buen truhan. Estará bastantes años en prisión por eso, suponiendo que no haya cometido otros delitos más graves.

—Qué sorpresas se lleva uno—Walters sacudió la cabeza de un lado a otro—. Y respecto a los crímenes..., ¿saben ya algo?

—Nada aún. Nos falta saber quién puede ser el sádico criminal que los comete.

—Yo se lo diré—habló a sus espaldas una voz abrupta—. Es Keenan Flower.

Elmer se volvió lentamente. Clavó sus ojos fríos en el gesto hosco y violento del joven Kenneth Moran.

—¿Otra vez con eso?—replicó, incisivo.

—Tenemos motivos para estar seguros ahora.

—No digan... ¿Y qué planean? ¿Otro linchamiento, acaso?

—Deberíamos llevarlo a cabo, diga usted lo que diga.

—Háganlo, y serán todos encarcelados de por vida, si no es que van a la cámara de gas por homicidio premeditado.

Hubo un silencio profundo en el bar. Elmer añadió, seco:

—Además, Flower fue hospitalizado ayer, tras el intento de linchamiento que tan valientemente llevaron ustedes a cabo. ¿Cómo pudo matar a Cynthia Harvest desde San Diego?

Los jóvenes le miraron extrañamente. Moran soltó una risita desdeñosa y no comentó nada.

Fue Walters quien, ante la sorpresa de West, se inclinó hacia él e informó:

—Usted no sabe lo ocurrido... Dicen que Flower ha escapado del hospital anoche... Pudo haber matado a esa otra chica, estando libre como está, y sin que nadie sepa dónde se metió...

Elmer West y Candy se miraron entre sí, sorprendidos y preocupados, sin hacer el menor comentario a la noticia.

* * *

Abandonaron el parador lentamente. Dentro, los comentarios volvían a sonar excitados. Todos hablaban entre sí, agitadamente. West se sentó al volante con un gesto sombrío. Candy le miró de soslayo.

—¿Qué le preocupa, Elmer?—indagó.

—Todo lo que está sucediendo. No me gusta. Ese chico de color anda suelto, los ánimos están excitados... Puede suceder cualquier cosa. Me gustaría encontrar a Flower e impedir que cometan cualquier locura esos mozalbetes. En cuanto al joven Moran, me preocupa más aún que ninguno.

—¿Por qué motivo?

—Es el incitador siempre. Y, sin embargo, él trabaja en una imprenta, es joven, pudo dibujar, grabar e imprimir los posters y... ¡GRABAR, Candy!

—¿Qué le ocurre?—se sorprendió ella ante su ronco grito.

West detuvo el automóvil que acababa de iniciar su marcha y se inclinó excitado hacia su compañera.

—Hemos estado hablando de imprimir, de dibujar y todo eso... Pero si alguien ha dibujado ese poster siniestro y lo imprimió después, existe un proceso natural por medio: la grabación del cliché. ¿Quién pudo hacerla?

—No sé. No creo que haya grabador alguno en este lugar...

—Exacto. El más cercano ha de estar en San Diego. Candy, ¿por qué no hacemos una cosa?

—La que usted diga, West. Recuerde que cooperamos—sonrió ella.

—Vaya a San Diego. Busque un grabador. Trate de averiguar para quién hicieron, ese cliché, si es que realmente lo hicieron. Vuelva con esa información tan pronto la tenga.

—Elmer, ¿ese no es un feo truco para quitarme de en medio por si las cosas se ponen peor?

—Palabra que no. Podría ir yo, es cierto, pero prefiero que usted se ocupe de eso y, entre tanto, si algo ocurre, yo esté aquí.

—Conforme. Podré ir mañana por la mañana y...

—No, Candy. Esta noche. Tome un taxi de alquiler o lo que quiera, pero vaya ahora. Y no pierda la noche. Busque al grabador o grabadores de San Diego en sus casas, levánteles de la cama si es preciso, y vuelva con lo que sepa. No quiero perder tiempo. Me temo que si tardamos un día más en saber algo, una nueva víctima caiga en cualquier instante.

—Y no quiere que sea yo—sonrió Candy—. Por eso me envía a San Diego.

—Piense lo que quiera, pero ése es mi plan de trabajo. ¿Va a cumplirlo?

—Conforme, tirano—suspiró ella—. Tomaré un taxi de Nacimiento Sur. Así iré más de prisa que esperando el próximo autobús.

—Conforme. Suerte, Candy.

—¿Qué hará usted entre tanto, West?

—Tratar de dar caza a un asesino loco, de quien solamente poseo una pista: puede tener acceso a una imprenta e imprimir sin que nadie se dé cuenta...

* * *

—¿Sin que nadie se dé cuenta?—Ward Finlay, hombre grueso, fuerte y ligeramente calvo, meneó la cabeza, tras quitarse las gafas y limpiarlas cuidadosamente con un pañuelo—. No, señor West. No en mi imprenta, desde luego.

—¿Por qué no?

—Estoy todo el día en ella. Vigilo cuanto se imprime. Nadie podría imprimir ni una tarjeta de visita sin mi supervisión personal.

—Creo que Moran trabaja para usted.

—¿Kenneth? Sí, es buen chico. Algo violento quizá. Como la juventud de hoy, desgraciadamente. Odia a los hippies.

—¿Los odia?

—Exactamente. No hay términos medios. Los jóvenes son hippies o son enemigos mortales de los hippies.

—¿Cómo se porta Moran en el trabajo?

—Bien. Muy bien. ¿Qué tiene contra ese chico, señor West? Si se metió en ese lío del linchamiento, es porque es muy violento, ya se lo dije. Además, es racista.

—Sí, pude observarlo. Es una alhaja el muchacho...

—Tal vez no nos guste su modo de ser, pero es trabajador y honrado.

—¿Seguro que él o un amigo suyo, o cualquier otro, no podrían imprimir en su negocio, señor Finlay?

—Seguro que no. Nunca abandono mi trabajo.

—De noche sí podría imprimirse allí, cuando usted no está...

—¿De noche?—sacudió la cabeza—. Imposible.

—¿Por qué?

—El negocio queda sin luz. La desconecto y cierro la caja de interruptores. Si alguien revolviera allí, yo lo advertiría. Además, está junto a las viviendas, y advertirían de noche el ruido de las máquinas, el movimiento. Nada de eso ha sucedido jamás, se lo aseguro.

—Y yo le creo, señor Finlay—West se frotó el mentón—. ¿Hay alguna otra imprenta capaz de reproducir esos posters, aquí, en Nacimiento Sur?

—No, ninguna. Solamente está la mía en activo, la que utilizan Robbins y Bendix para sus boletines y cosas así... y nada más...—hizo un repentino gesto de sorpresa—. Eh, espere. Ahora recuerdo algo.

—¿Sí?—le miró vivamente West—. ¿Qué recuerda usted?

—Existió otra imprenta. Hubo un viejo periódico semanal local, que fracasó totalmente. Los acreedores se echaron encima y los dueños del negocio volaron. Dejaron clausurada la imprenta, y los líos judiciales la han mantenido así durante años enteros. No creo que se haya vuelto a utilizar jamás.

—¿Dónde está esa imprenta?

—En los sótanos de una casa deshabitada ya...

Cerca de donde vive el sargento Bendix, precisamente, en Wood Road.

—Gracias, señor Finlay—suspiró West—. Posiblemente usted me ha facilitado un dato de inapreciable valor. ¿Queda lejos de aquí esa imprenta?

—A alguna distancia, sí. Cosa de tres millas o cuatro.

—¿Puedo usar su teléfono?

—Desde luego—se lo señaló—. Está en su casa.

—Gracias—West tomó el aparato y llamó a la oficina de Policía. Pidió por Bendix.

—No está—le dijo el capitán Robbins—. ¿Qué desea de él?

—Es un encargo personal... ¿Estará en su casa ahora?

—Seguro que sí. Ya terminó el servicio por hoy. Su teléfono puedo dárselo.

—Sí, gracias—lo apuntó. Luego, West llamó a ese número. Alguien se puso al auricular inmediatamente—. ¿Sargento Bendix?

—Sí, yo mismo.

—Soy West. Escuche esto. Hay una imprenta abandonada, cerca de su casa, ¿lo había olvidado?

—Cielos, el Weekly. Sí, ahora recuerdo. Lo había olvidado totalmente.

—Vaya allá, por favor. Revise el lugar. Quisiera saber si se utilizó o no recientemente.

—Conforme. Iré a verlo. ¿Adónde le llamo con lo que haya?

—Estaré en el parador de Walters. Llame allí, Bendix. Y gracias.

Colgó, dando las gracias a Finlay por todo, y abandonó el domicilio del impresor. Posiblemente estaba sobre una pista que le llevase, al menos, a los posters del asesino.

VIII

EL teléfono sonó cuando West llevaba exactamente diez minutos en el parador, ahora desierto y silencioso, a excepción de los Walters, marido y mujer.

Tomó ávidamente el aparato. Preguntó:

—¿Bendix?

—Yo mismo, señor West.

—Hable. ¿Alguna novedad?

—Ya lo creo que sí. Algo increíble—sonaba excitada la voz de Bendix—. No sé qué hacer. Será mejor que venga usted y lo vea todo personalmente. Se lo ruego.

—Conforme; estaré ahí en seguida. No se mueva. ¿Es tan importante, Bendix?

—Importante, dice. Es asombroso. Es..., la clave de todo...—y su tono era de enorme extrañeza, de desorientación.

Colgó West sin esperar a más. Walters le había explicado ya cuál era el camino de Wood Road.

Tomó por él en su coche, vertiginosamente. Llegó en poco espacio de tiempo al lugar. Las luces de una casa le guiaron en la oscuridad. Vio la que debía ser la vivienda de Bendix. Algo más allá, una casa grande, oscura, sin duda en desuso. No necesitó preguntarse dónde estaría Bendix. Allí, entre ambos edificios, un coche ranger estaba aparcado. Era el de Bendix, sin duda, y se veía un bulto ante el volante. El sargento le estaba aguardando.

—Bendix, ¿está usted ahí?—preguntó en voz baja, acercándose al coche.

Asomó, al no escuchar respuesta alguna. Reconoció el rostro del sargento, reclinada la cabeza en el respaldo del asiento.

—¿Se ha dormido, o no me oye?—insistió el federal.

Se inclinó más, pasó la mano por la ventanilla y zarandeo a Bendix.

Ocurrió algo horrible.

Se venció hacia adelante y cayó de bruces sobre el volante. Quedóse allí inmóvil, boca abajo, los brazos colgando. Tenía la nuca destrozada. Algo le había aplastado el occipital, convirtiendo éste en fragmentos de hueso, pulpa roja y cabellos ensangrentados.

Estaba muerto. Asesinado de un golpe o varios en la nuca...

Y allí, en el asiento, junto al cadáver, un montón increíble de posters nuevos. Posters negros con la muerte en rojo y la inscripción feroz: «Haz la Muerte, no el Amor...».

* * *

Elmer West se detuvo, jadeante, a la puerta de la oficina. Tiró por el suelo los posters, que cayeron en desorden. Atónito, Robbins contempló todo aquello, incorporándose de un salto.

—West...—murmuró—. ¿Qué sucede?

—El sargento... Mataron al sargento.

—¿Qué?—rugió Robbins—. ¿A Bendix? ¡Imposible...!

—Le mataron. En su propio coche, cuando esperaba allí, con estos carteles malditos... Había descubierto todo eso en el almacén de la imprenta abandonada, la del viejo «Weekly».

—Oh, ¿ahí?—se sorprendió Robbins—. ¿Pero quién pudo...?

—El asesino guardaba allí todos los carteles impresos. Lo curioso es que estuve allí y comprobé que las máquinas no funcionan. No se las puede manejar por culpa del óxido. Sin embargo, se guardaban los carteles... Bendix me dijo que eso era revelador, que era la clave. No la veo por parte alguna. He registrado todo el lugar, y solamente hallé otros carteles como éstos. A mí, nada me revelan. Y no creo que Bendix se equivocara. Parecía tan excitado, tan sorprendido...

—Entonces..., ¿qué supone usted, West?

—Creo que el asesino le mató para que no revelase eso a nadie. Y le quitó algo, la supuesta «clave» del asunto.

—¿Qué clase de clave?

—No lo sé... Volvemos a un callejón sin salida. El loco sexual es, además, muy listo. Debía vigilar la casa, o coincidió allí con Bendix, y le mató. Tengo que dar con esa clave... Capitán Robbins, en estos momentos, Candy está de viaje hacia San Diego.

—¿Qué va a hacer allí la chica?

—Va a encontrar al grabador de esos posters, si no me equivoco. Entonces será el momento de descubrir la verdad...

—Buena idea—reflexionó Robbins—. Suponiendo que esté grabado en San Diego.

—Seguramente así fue. Robbins, ¿ha observado usted esos posters? Están dibujados por un buen aficionado, pero nada más. Solamente dos colores: rojo y negro. Y no se imprimieron en esa imprenta abandonada. Tuvo que ser en la de Finlay, aunque él diga que no.

—Es evidente—convino Robbins, sombrío—. Solamente queda esa posibilidad. La imprenta nuestra está siempre cerrada y vigilada.

West asintió, pensativo. Se abrió la puerta de la oficina. Walters asomó, con rostro agitado.

—Capitán Robbins, menos mal que le encuentro. Llamé varias veces a la oficina, pero no respondió nadie, en estos últimos minutos. He preferido venir en persona.

—¿Qué le ha ocurrido, Walters?—se interesó el policía.

—Flower, el muchacho de color... Creo que lo tienen acorralado esos jóvenes en alguna parte, y le persiguen para lincharlo. ¡Tienen que evitarlo!

—Cielos, claro que sí—Robbins tomó un rifle y fue hacia la puerta—. ¿Viene, West?

—Iré en seguida—prometió Elmer, inclinándose sobre la mesa de trabajo de Bendix—. Veo que llegaron unos telegramas para mí...

—Sí, hace un par de horas de eso. Apresúrese. Le aguardo en el coche. Walters, guíenos usted.

Salieron ellos. West se quedó solo en la oficina de la Policía. Caminó hasta la puerta del fondo. Leyó su cartel: «DEPENDENCIAS. PROHIBIDO EL PASO».

Probó la puerta. Cedió suavemente. Asomó. Un corredor con lavabos y una imprenta pequeña al fondo. Caminó hasta ella. La contempló. Pasó junto a botes de tinta de imprimir. Un bote blanco, uno rojo, dos negros...

BLANCO, ROJO Y NEGRO...

Se quedó mirándolos, fascinado. Luego miró junto a ellos. Había algo envuelto en papeles sin imprimir. Lo tomó. Pesaba mucho. Lo

desenvolvió.

EL GRABADO.

Era el grabado del poster siniestro. Con él, un boceto a mano de ese grabado y un dibujo original, del que fue obtenido el grabado...

West lo observó todo, perplejo. Luego giró el dibujo.

Allí estaba. La clave.

Lo que Bendix había descubierto en la vieja imprenta abandonada, donde sin duda se ocultaba todo aquello también.

Unas letras manuscritas, indicando detalles al grabador. Y dimensiones del cliché, etcétera.

La letra era inconfundible, habiendo visto escribir a su autor. Volvió lentamente a la oficina. Se inclinó, mirando anotaciones del capitán Robbins...

—Lo descubrió, ¿verdad, West?

Alzó la cabeza. Se quedó mirando a la puerta de la oficina.

—Sí—dijo—. ES USTED, CAPITAN ROBBINS. Usted es el asesino...

Robbins le encañonaba con su rifle.

IX

—Supongo que sabe lo que va a ocurrir ahora...

—Sí, Robbins. Se va a entregar usted.

—No. Voy a matarle, West.

—No ganará nada. Van a cogerle igual. Mató ya a Bendix para que no me dijera lo que había descubierto. Le vigiló al llamarle yo por teléfono, temeroso de que descubriese algo... Por eso no estaba aquí al llamar Walters. Usted, Robbins, debió enfermar de resultas del accidente de automóvil. Lesiones en la cabeza, ¿no?

—Sí, eso es...—tragó saliva el oficial de Policía rural.

—Ahí cambió. Esquizofrenia. Demencia sexual. Se hizo un asesino, un enfermo homicida. Odiaba a los hippies, y con esos posters esperaba poderles complicar. Fue su idea durante la convalecencia, estoy seguro. Usted era el criminal, en usted confiaban las chicas al verle... para morir luego, horrorizadas, cuando se convertía en una bestia feroz... Cuando le hallé afeitándose, venía de matar a Cynthia, manchado de sangre, con la navaja mortal... Fingió que eran cortes del afeitado...

—Le mataré, West. Eso me liberará de culpas. No me acusarán. No sospechan.

—Pero sospecharán. Le cazarán igual. Walters sabe que estoy aquí ahora...

—Walters se fue por delante. Yo le seguiré. Diré que no le he visto más. Sacaré su cadáver de aquí. Será todo, West...

—No, Robbins. Es el fin. Su fin. Candy descubrirá todo. ¿Por qué no se entrega?

—No, West. Nunca.

Sus ojos brillaban, perversos y demoníacos. West, rápido, tiró la mesa hacia él. Disparó su rifle Robbins. West sintió la bala, rozándole, hiriéndole leve.

Luego, tambaleante, herido, fue él quien extrajo su arma y

disparó sobre el loco criminal.

Robbins rodó ante él, malherido. Soltó su rifle.

—Se acabó—dijo West, jadeante—. Ahora, será juzgado... y pagará por todo. Sólo queda esperar. Esperar a Candy también...

Y sonrió, penosamente, ante el malherido policía.

Era el fin del asesino. Y, posiblemente, el principio de unas buenas vacaciones.

Quizá con Candy, si lograba convencerla. Y esperaba que sí...

FIN